



# EVA,

## EL MUNDO Y YO

CARLOS PEÑA



[RELATOS]





© Carlos Peña Caballero, 2012

**Edición, Diseño y Maquetación**

Carlos Peña Caballero

**Dibujo a plumilla de cubierta**

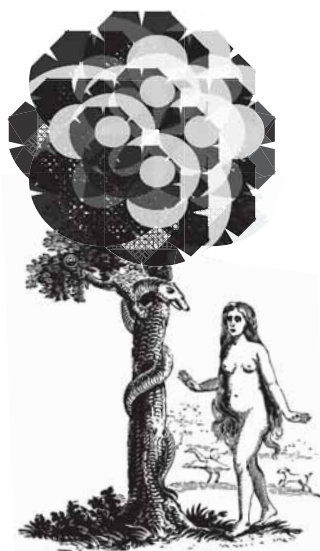
Emblem 1. Serpent. Eve (fragmento);

Quarles, Francis (“*Emblems Divine and Moral*”, 1866)

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
almacenada o transmitida en manera alguna  
ni por ningún medio sin permiso previo del editor.

Impreso en España

Printed in Spain



[RELATOS]

# EVA, EL MUNDO Y YO

CARLOS PEÑA



---

## ÍNDICE

---

La insoportable vida eterna.....	11
El trágico final de Mazariegos.....	17
Eva, el mundo y yo.....	27
Naturaleza muerta.....	31
Miradas.....	41
Mesa para tres.....	45
Los muertos no deben hablar.....	51
Marcelo y el perro sin nombre.....	59
Estrellas fugaces.....	65
Los sueños.....	71
Conjugar la vida.....	79
La sangre de los inocentes.....	81
La rutina.....	83

---





Esta mañana, tras haber oído a un astrónomo hablar de *miles de millones de soles*, he renunciado a asearme: ¿para qué seguir lavándose?

*Ese maldito yo*  
**E. M. Cioran**



## LA INSOPORTABLE VIDA ETERNA

Cuando lean esto espero no estar aquí. ¡Ni se imaginan cómo deseo estar muerto! Hay quien pensará que decir esto es poco menos que una frivolidad, una ofensa contra el milagro de la existencia, pero cuando conozcan mi historia comprenderán lo legítimo que resulta mi deseo de desaparecer de entre los vivos. Ahora entiendo que la única eternidad que un hombre puede desear es la eternidad de las sombras, la de los ojos cerrados, la de las manos sobre el regazo.

Puesto que al fin voy a morir, quiero aprovechar estas notas para manifestar mi deseo de ser enterrado. Háganme el favor de entregarle mi cuerpo a la tierra, al fin y al cabo sólo a ella le pertenece. Hay tantas bocas esperándome allí que ya casi puedo sentir el placer de ser digerido lentamente por un ejército de pequeños dípteros.

No tengo mucho tiempo (siempre dejé las cosas importantes para el último momento), pero intentaré explicarles por qué se me hace tan difícil seguir adelante. Deben creerme si les digo que estoy, verdaderamente, cansado de vivir. Y aún les diré más: lo que en realidad me aburre es la admiración del resto de los humanos, los reportajes en los periódicos, las reseñas en los noticieros y, sobre todo, esta vejez interminable para la que no existe ya otra posibilidad de enmienda. Sin duda, puedo decir ahora que erré mi vocación.

Toda mi juventud la pasé buscando algo que diera sentido a mi vida, algo que solamente yo fuera capaz de hacer, que me distinguiera, que me hiciera único. Ojo, no se equivoquen, nunca busqué

el éxito ni el dinero. No es eso. Simplemente sentía que yo había nacido para hacer algo especial, algo que nadie antes hubiera hecho, y estaba empeñado en encontrarlo. No me importaba en absoluto conseguir un trabajo bien remunerado, ni formar una familia, ni amontonar cosas, como a la mayoría de las personas que he conocido. Mis aspiraciones estaban por encima de todo eso. Yo quería ser un pionero, un precursor.

Probé con la literatura, y he de decir (ahora que estoy a punto de morir no tengo necesidad alguna de ser modesto) que tenía talento. Yo, que no sabía nada de libros, experimenté con numerosas formas narrativas creyendo a cada instante hallarme ante una nueva manera de expresar. Diseccioné el lenguaje para acceder a las posibilidades más extrañas que éste pudiera ofrecerme y encontré mis propios caminos. Pero siempre descubrí con enorme dolor que alguien se me había adelantado, y todavía más, que todo estaba ya clasificado, etiquetado, asquerosamente manoseado. Aquello que yo había parido con esfuerzo se llamaba en unos casos simbolismo, en otros ultraísmo, a veces surrealismo; se llamaba metáfora, o prosopopeya, sinestesia o creacionismo... Siempre había una mano que había pasado por mis folios antes que yo, y detrás de él una recua de parásitos que habían ejercido de forenses estudiando los poemas como quien se inclina sobre un cadáver. No tardé en darme cuenta de que no sería a través de la literatura como llegaría a convertirme en un ser excepcional, en un hombre único.

Y así fue como empecé a dejarme llevar por la senda de la música y me arrojé de cabeza a los abismos del jazz, porque un día había escrito que *“el jazz es como un pájaro que migra o emigra o inmigra o transmigra, saltabarreras, burlaaduanas, algo que corre y se difunde, que acerca a los hombres más y mejor que el esperanto, la Unesco o las aerolíneas”*.<sup>(1)</sup> Con indescriptible tristeza habría de descubrir luego que otra mano había emborronado ya unas hojas con estas mismas palabras. Ingenuo, castigué mis manos y perdí mi

---

<sup>(1)</sup> Fragmento extraído de: Cortázar, Julio: *“Rayuela”*, Barcelona, RBA, 1993.

tiempo en experimentos que resultaron ser nada más que la sombra de lo que otros habían hecho ya. Y, de nuevo, todo estaba en las enciclopedias y en las bocas de los expertos que tenían nombres para todo lo que yo creía haber inventado: ragtime, bebop, hard bop, ligaduras, semifusas, síncopas, vibratos, glissandos... Una retahíla de odiosos términos que se empeñaban en referenciar los frutos de mi trabajo como si de una clasificación taxonómica se tratara.

Los mismos resultados obtuve con la pintura, la física o las matemáticas; la cocina, la ingeniería, la papiroflexia... ¡Todo estaba inventado! Y al principio del fin, a las puertas de mi vejez, sentía que había malgastado mi vida en un continuo intento frustrado por encontrar mi vocación, hasta que, a punto de tirar la toalla, di con una idea que me pareció insuperable: lo único que podría hacerme exclusivo entre el resto de los seres vivos era, sencillamente, vencer a la muerte. Me propuse vivir eternamente.

Al principio fue muy fácil, por el simple hecho de que aún no había llegado el momento de que la parca requiriera mi presencia a su lado. De manera que durante unos cuantos años todo lo que tuve que hacer fue un ejercicio de mentalización, una preparación espiritual para los peores momentos, que serían los que aún estaban por venir. Estudié todas las causas que pueden enviar a un hombre a la tumba (si piensan en ello con calma se darán cuenta de que lo verdaderamente asombroso es estar vivo). Y, llegado el momento, concentré todos mis esfuerzos en ignorar la llamada de la muerte.

Con el tiempo me habitué a sortear los accidentes, los intentos de asesinato, los desastres naturales, las intoxicaciones, el cáncer, la embolia, los ataques al corazón, la tristeza, la soledad, los animales venenosos, los incendios, las caídas, los rayos... Extremé las precauciones en la bañera, en las escaleras, en la vía pública; me cuidé de los perros, de los aviones, de mis enemigos y también de algunos de mis amigos, y hasta tuve cuidado de no enamorarme (ya saben cómo acaban a veces esas cosas). Me convertí en un ser escurridizo, empeñado en vivir a toda costa, especialista en burlar a la que hasta ahora nadie había conseguido dar esquinazo.

Y así pasaron los años, no me pregunten cuántos. Durante mucho tiempo fui un hombre feliz: por fin había logrado alcanzar mi sueño. Paradójicamente, cada vez era más fácil permanecer vivo, pues como suele decirse, la experiencia es un grado. Lo más duro de aquella época era asistir a los entierros de tantos amigos y conocidos. Los cementerios eran el único lugar en el que estaba intranquilo. Pero nunca eso consiguió amilanarme; siempre he pensado que uno tiene que enfrentarse con valor a sus fantasmas. Asistía a los entierros siempre que lo consideraba pertinente y esperaba a que todo el mundo se fuera retirando poco a poco, hasta que nada más quedábamos allí el muerto y yo. Te dejaste morir, pensaba para mis adentros, sin imaginarme que algún día llegaría a envidiar ese abrazo definitivo que la tierra mojada le brinda a nuestros huesos cansados.

Al cabo de los años me convertí en toda una institución en mi país y, más aún, en el mundo entero. Los diarios de los cinco continentes mencionaban mi nombre y calificaban como un hecho insólito que un hombre pudiera alcanzar la edad a la que yo había llegado. Periodistas y curiosos se acercaban a las puertas de mi casa para hablar conmigo o simplemente figonear. No me importaba al principio, pero luego aquel interés del resto de la especie por mi existencia se convirtió en una pesadilla. A veces, asomado a la ventana, me preguntaba si aquellos buitres que esperaban a las puertas de mi casa deseaban que cumpliera un año más para llenar sus malditos periódicos o simplemente aguardaban a que estirara de una vez por todas la pata.

Hace tiempo que vivo prácticamente recluso. Apenas necesito comer, no me hace falta. Vivo por pura inercia. A veces pienso que tal vez la muerte me haya dado definitivamente por perdido. Quizá ya no le interese este viejo saco de piel y huesos que es mi cuerpo. Y tal vez sea por eso que a mí no me interesa seguir viviendo. De hecho, cada vez me resulta más insoportable la idea de vivir así, sin esfuerzo, eternamente. Quién sabe hasta donde alcanza la eternidad..., pero sospecho que ha de ser demasiado tiempo.

Así que ha llegado el momento. Estoy seguro de que ahora me comprenden, aunque tampoco sea eso algo que vaya a quitarme el sueño. Solamente les digo una cosa: hagan el favor, no me tengan lástima. Vayan a excavarle mi hueco a la tierra. Me basta esta bala, porque sólo hay una muerte que no se puede evitar de ninguna manera: la que uno mismo concierta.

—|





## EL TRÁGICO FINAL DE MAZARIEGOS

*(Finalista del XXVI CONCURSO DE CUENTOS HUCHA DE ORO DE FUNCAS  
-FUNDACIÓN CAJAS DE AHORRO-)*

### Fermín

**A** sí sucedió, señor juez, o así al menos anda contando la gente que ocurrieron las cosas. Aunque vaya usted a saber. Nadie sabe lo que pasó realmente. Yo sé cómo empezó todo, pero poco sé de lo que ocurrió después. Lo único seguro, el único hecho que ya nadie puede negar, es que el señor Mazariegos está muerto. Abrieron su tumba al cabo de tres días, yo estuve allí... bueno usted ya sabe. Aquello parecía una función de circo: el enterrador, esposado, rodeado de policías, rezaba en silencio, supongo que para que Mazariegos saliera con vida de su tumba. Él sabía que aquello era imposible, que tal cosa iba en contra de las leyes de la razón, pero en algún rincón de su alma debía confiar en que el milagro bíblico pudiera repetirse de algún modo y todo quedara como al principio, como antes de aquel domingo soleado. Ni él ni el Doctor, también esposado, querían mirar al muerto, pero los policías les obligaban a levantar la cabeza y nos increpaban a los tres por el horrendo crimen que se había cometido.

Todo el mundo se acercó a husmear, así que alrededor del foso la gente murmuraba. La gente... usted ya sabe: no respeta nada. Luego un policía dijo que el espectáculo se había terminado y mandó a todo

el mundo para su casa. Sólo quedamos en el cementerio los policías, un inspector forastero, el Doctor, el enterrador y yo. Y los muertos, claro. ¿Adónde van a ir los muertos? De haber podido, hasta ellos se hubieran asomado a ver qué carajo estaba pasando bajo aquellos cipreses que normalmente sólo albergan silencio. Pero claro, eso es imposible. Yo también estaba esposado, pero sigo sin entender muy bien con qué pretexto se me acusa injustamente.

Tendría que haber visto la cara del pobre Mazariegos cuando abrieron el cajón. No me atrevo ni a recordarla y sin embargo algunas noches no se me quita de la cabeza. Tengo que levantarme de la cama y pensar en cualquier cosa para distraerme, para burlar esa imagen de su boca y sus ojos abiertos, desesperados. Tendría que haber visto los arañazos en las tablas y los dedos destrozados del muerto. Imagínese la angustia de ese pobre hombre: sepultado en vida, consciente de todo el peso de la tierra sobre sus pobres huesos. Hasta el último aliento debió de gastarlo intentando salir de aquella caja de madera...

Está bien, está bien señor juez, iré al grano... Yo no sé si habrá algún culpable, no sé quién tiene que pagar por lo que ha ocurrido. Tal vez la única culpable sea la muerte: usted sabe cómo se las gasta, cómo tiende trampas y maneja los hilos de la fatalidad para llevarnos de su mano al reino de las sombras. Mazariegos también tuvo algo de culpa: no se puede andar jugando con la muerte. Mejor dejarla quietecita, cuanto más lejos mejor. Se metió... ¿cómo se dice...? En la boca del lobo, eso: se metió en la mismísima boca del lobo. Yo se lo dije, seño juez, pero ni caso me hizo.

Lo único que le puedo contar sin miedo a faltar a la verdad es lo que vi. Era un domingo soleado, ya le dije. El señor Mazariegos, el Doctor y Rufino —el enterrador—, almorzaban en mi cantina, sentados en la mesa que más cerca queda de la ventana. Todos los domingos vienen los tres, a la hora del almuerzo. Yo les sirvo y ellos comen y charlan. La mayoría de las veces terminan peleando, pero peleando sin maldad, ya sabe: como discuten los amigos. Ellos tres han sido siempre muy buenos amigos, desde hace ni sé

los años. Ese día pidieron albóndigas y una jarra de vino de la casa. Muy bueno el vino, no sé si lo ha probado. Lo prepara Elvira, mi señora. Le traeré una botella para que lo pruebe. Pero voy al grano, voy al grano...

La cosa es que a mitad del almuerzo se coló por la ventana el sonido de una trompeta, una melodía triste, ya sabe: el tipo de música que suena en los entierros. Los tres dejaron la comida en la mesa y salieron a la puerta de la cantina.

—¿Quién se ha muerto, Rufino? No jodas que hoy domingo también te toca trabajar... —Preguntó Mazariegos al enterrador.

—Se murió Aquilino —dijo el Doctor antes de que el enterrador pudiera contestar—. Anoche certifiqué su muerte. El corazón le dijo que hasta aquí había llegado. Se le rindió, el condenado.

—¡Pobre Aquilino! Ayer por la mañana estuve en su casa; le llevé unas compras que le había hecho mi mujer; el hombre ya no podía salir. No me dijo nada..., pero claro, ¡qué carajo iba a saber él que tenía a la parca convidada para la cena! Pobre viejo... —Dijo Mazariegos. Y después, mirando a Rufino:— ¿Ya le hiciste el agujero?

El enterrador asintió con la cabeza. —Ahora iré pal cementerio a cerrarle la fosa; ni almorzar le dejan a uno...

Al paso del funeral por delante de la cantina, el Doctor se quitó el sombrero y lo colocó contra su pecho, en señal de respeto. Los otros dos le miraban, pero ellos nunca han llevado sombrero. Yo salí de la barra y me asomé también a la puerta de la calle. Era un domingo caluroso. El coche, reluciente bajo los rayos del sol, avanzaba por la calle lentamente, seguido por unos pocos hombres vestidos con traje negro. Detrás, un pequeño grupo de mujeres, también vestidas de riguroso luto, caminaban llorando, agarradas unas del brazo de las otras. Abriendo la marcha, un músico desgranaba esas notas que le digo que le ponen a uno la piel de gallina. La gente en la calle se detuvo también ante el paso del funeral. Se hizo un silencio espantoso. Un perro, en la acera, levantaba la cabeza todo el rato sin dejar de ladrar. Eso y las notas de la trompeta era lo único que se escuchaba en la calle.

Mazariegos preguntó —Y usted qué piensa, Doctor: cuando un perro ladra en un entierro, ¿le ladra al muerto o es que maldice a la misma muerte?

—Le ladra al muerto, está claro —respondió el Doctor—.

—Es obvio, es obvio... —dijo Mazariegos convenciéndose en ese mismo instante—.

—¿Y cómo están tan seguros de algo así? —dijo el enterrador—. Eso no puede saberse...

Mazariegos buscó con la mirada al Doctor, en busca de una respuesta que él no tenía.

—Nadie tiene cojones para ladrarle a la muerte en su misma cara, Rufino —sentenció el Doctor.

Los tres quedaron en silencio. Yo hice la señal de la cruz y me volví adentro, a mi sitio detrás de la barra. Así es como empezó todo.

El enterrador se fue a hacer su trabajo. Las albóndigas se quedaron encima de la mesa. Mazariegos y el Doctor se quedaron un rato charlando junto a la ventana.

Yo ya lo he dicho, señor juez, aquí la única culpable es la muerte. Y a esa... a esa no la van a poder meter en la cárcel. Nos jugó una mala pasada, sobre todo a Mazariegos, el pobre. Tendría que haber visto sus ojos, su boca abierta dentro de aquel cajón de madera...

.....

## **El Doctor**

Mazariegos nunca tuvo la cabeza en su sitio, Señoría. Siempre andaba con esos cuentos de muertos y preguntando a todo el mundo sobre qué habría tras el momento del tránsito. ¿A qué persona cabal se le iba a ocurrir el disparate que se le ocurrió a ese pobre infeliz? Fermín, el de la cantina, se lo dijo más de cinco veces: que se dejara de estupideces, que con esas cosas no se juega. Pero Mazariegos, ni caso.

Después de ver pasar la comitiva se quedo pensativo y comenzó a hacerme preguntas estúpidas: que cómo imaginaba yo que iba a ser mi entierro, que si me gustaría que hubiera coronas de flores, que a quién no le perdonaría nunca su ausencia en un momento tan señalado... En fin, tonterías propias de un hombre infantil y de mente fantasiosa, a las que hice poco caso. A continuación comenzó un extenso monólogo acerca de cómo le gustaría a él que fuera su propio entierro, cómo lo imaginaba:

Yo, Doctor — algo así me decía —, imagino un día de lluvia, un día triste. Es el último favor que le pediría al cielo: que se ponga de luto para asistir a mi entierro, y que lllore, que lllore a cántaros. Así, con este sol, no se puede uno morir con solemnidad.

Decía que no quería flores, que las flores son para los vivos, pero que le emocionaría mucho que una banda de viento, con tuba, trombón, trompetas y todo eso, fuera delante del cortejo tocando una canción muy triste de cuando él era joven, una que le gustaba bailar a los pies del templete cuando él y su mujer eran novios. Decía que una trompeta, como en el sepelio que acabábamos de ver, podría ser suficiente, pero que aquella canción sonaría mucho mejor interpretada por toda una banda de músicos. Y pensar en eso realmente le entusiasmaba.

La cosa es que con el calor, y con el vino, la conversación continuó por esos derroteros, pero Mazariegos cada vez desvariaba más y comenzó a plantear la posibilidad de que uno mismo pudiera asistir a su propio entierro. Se imaginaba a sí mismo contemplando sus propias exequias, repasando la lista de los asistentes, condenando tal vez alguna ausencia injustificada, sabiéndose el centro del evento, el verdadero protagonista, oyendo los llantos de los familiares y amigos y la tonada triste de la banda de músicos... Contemplando, en fin, aunque fuera con los ojos cerrados, aquel momento único de su vida, o mejor sería decir ya de su muerte, con todo el pueblo llorando desconsolado su pérdida tras del coche fúnebre.

Se emocionaba — ¡qué disparate! — imaginando la suntuosidad del momento, y comenzó a darle vueltas a la cabeza para ver cómo

podía lograr aquello que en condiciones normales ningún hombre podría (ni tan siquiera querría) alcanzar.

La cosa es que acabó urdiendo un plan y me preguntó si yo estaría dispuesto a ayudarle. Yo le contesté que, desde luego, no estaba dispuesto a colaborar en un sinsentido de tal magnitud, pero él esgrimió todos los argumentos que estaban en su mano: que si la amistad, que si yo no tenía nada que perder, que cómo se le va a negar a un hombre una ilusión tan grande en la vida cuando cuesta tan poco satisfacerle... ¡Me enredó, Señoría! Supo insistir con tesón hasta que mi firmeza se debilitó y finalmente sucumbí a su capacidad de convicción, accediendo a prestar mi ayuda para su alocado proyecto.

A esas alturas, él ya había diseñado mentalmente un croquis de cómo debía llevarse a cabo su plan. A continuación expuso con todo lujo de detalles cómo habrían de prepararse las pompas fúnebres. Como es obvio, él correría con todos los gastos derivados de aquel capricho innecesario, cosa que afirmaba estar dispuesto a hacer con todo el agrado del mundo. De mí solamente requería que certificara su fingido deceso y que estuviera pendiente de que sus familiares, a los que ya había repetido docenas de veces la cantinela de sus últimos deseos, no se olvidaran de ningún detalle.

Justo estábamos comentando la imperiosa necesidad de contar con el apoyo de Rufino, el enterrador, cuando éste regresó a la cantina tras haber dado sepultura al pobre Aquilino. Mazariegos pidió otra ronda de vinos y le explicó por encima sus planes al enterrador. Digamos que le contó lo básico, vendiéndole su proyecto como una simple broma, pero haciendo mucho hincapié en la parte final. Era allí donde entraría a jugar un papel esencial el sepulturero, encargado de exhumar a Mazariegos tras el sepelio, cuando todos los asistentes al cementerio se hubieran retirado. No creímos necesario hacer saber a Rufino de los porqués de aquella empresa —tampoco los habría comprendido. Es más: ni siquiera yo mismo alcanzaba a comprenderlos—. Nos conformamos con asegurarnos de que había memorizado lo que debía hacer, haciéndole repetir una y otra vez

el orden de los pasos a seguir: lo primero y fundamental, mantener en secreto toda la farsa; después, llegado el momento, enterrar el falso cadáver, esperar a que todo el mundo se fuera del cementerio e inmediatamente exhumar al trastornado de Mazariegos antes de que realmente se convirtiera en un auténtico finado. Convinimos todos en que si algún familiar se quedaba rezagado y tardaba en abandonar el cementerio, el enterrador esgrimiría cualquier argumento y, con la excusa de tener que cerrar el recinto, le haría salir para poder proceder al rescate de Mazariegos. Acordamos también que, como precaución, una vez que todos los familiares y amigos hubieran regresado del camposanto, yo mismo me acercaría para comprobar que Rufino cumplía con su cometido, aunque esto era solamente una medida de seguridad digamos... complementaria.

Sólo quedaba pedirle a Fermín, el camarero, que guardara el secreto de aquel propósito por descabellado que fuera. El hombre, que había cazado al vuelo algunas frases de Mazariegos mientras secaba los vasos y nos llevaba vino de vez en cuando, tardó en creerse que todo aquello fuera en serio, y aconsejó, como ya he dicho, que no se gastaran bromas con cosas tan serias como la muerte. Pero finalmente y en vista de que solamente tendría que guardar el secreto hasta que todo se resolviera, accedió.

Como le digo, Señoría, puede pensar que todos somos cómplices del enajenamiento de un poeta chiflado, pero se equivoca si trata de encontrar en nosotros a los culpables de la calamidad que finalmente le ha acontecido.

.....

### **Rufino (el enterrador)**

Mire usted, yo volvía de dar sepultura al pobre Aquilino, muerto de viejo, y cuando entré en la cantina todo estaba planeado, no sé muy bien qué habían planeado, pero todo estaba planeado...

Y yo que no, y ellos que solamente tienes que desenterrar a Mazariegos cuando se vayan los familiares del muerto, y yo pero si no está muerto, y ellos tú le desentierras cuando todos se vayan y si alguno tarda en irse le dices que tienes que cerrar la verja y que vuelva mañana, que el cementerio se cierra a tal hora, y yo les pregunto si van a decir que el muerto ha resucitado, que eso da mucho miedo, y ellos que no, que a veces pasa que uno se muere y al cabo de las horas no estaba muerto, que hay casos y que el Doctor sabe lo que tiene que decir...

Y ese mismo día por la tarde tocan las campanas y tocan a muerto, y la gente diciendo que se ha muerto Mazariegos, el poeta, y yo sabiendo que es mentira pero callado como una puta porque éstos son capaces de matarme y voy a casa del muerto y allí la familia, la mujer llorando y Mazariegos echado en la cama con los ojos cerrados y las manos juntas en la barriga y yo pensando se ha muerto de verdad y el Doctor me dice al oído que no, que no está muerto...

Y le damos el pésame a la viuda y el Doctor le recuerda que Mazariegos quería una banda de música con trompetas y todo y nos vamos pa casa, pero yo no puedo dormir esa noche porque veo todo el tiempo a Mazariegos muerto encima de la cama...

Y al día siguiente por la tarde, el coche fúnebre bajo el cielo negro y todo el pueblo de luto detrás del coche y la banda tocando una canción muy triste, mire usted, terriblemente triste, y el perro se acerca al coche y no ladra y yo pienso jodido perro que hoy no ladra y miro al Doctor y el Doctor me mira y me guiña un ojo y miro al cielo y llueve a cántaros y las mujeres llorando por toda la calle, detrás del coche negro, con las medias salpicadas por el barro y entonces cojo la pala y me voy pal cementerio a preparar el agujero pa Mazariegos y al cabo de un rato llega el muerto y allí me lo dejan pa que le dé sepultura...

Y la viuda llorando y el cielo lloviendo y la cara de Mazariegos en la ventanilla de la caja pero no mueve ni una pestaña el muy cabrón y entonces miro al Doctor y el Doctor dice que sí con la cabeza y le pongo la tapa a la caja pa dejar de verle la cara a Mazariegos y



pa enterrarle y el cura que en paz descanse y que la tierra te sea leve y la mujer que qué sola me dejas y la pobre echa un puñado de tierra y llora desconsolada y los hijos la abrazan y con la pala echo yo la tierra en la fosa y pienso en cómo debe sonar esa tierra desde dentro de la caja y se me ponen los pelos de punta...

Y allí no sé qué más hacer y los hijos al pie de la tumba llorando así que me voy pa la caseta, que allí puedo esperar sin mojarme a que se vayan, y me siento en el suelo y apoyo la cabeza en la pared y pienso que al menos allí no llueve y espero a que se vayan todos, pero me entra sueño y pienso que no puedo dormirme y luego que si me duermo tampoco es grave porque el Doctor tiene que venir a avisarme y...

Y se ve que me duermo o algo pasa, porque al rato entra el Doctor gritando y me sacude y cabrón, desgraciado, qué haces dormido, dónde está Mazariegos, han pasado cuatro horas, y entonces le digo que no me insulte y que no me ponga la mano encima y que dónde estaba él y él venga a repetirme que he dejado morir a Mazariegos y que él no pudo venir porque le llamaron de un parto y que pensó que yo sacaría a Mazariegos del agujero y entonces ahí me di cuenta de que Mazariegos no iba a salir ya vivo del foso y salí corriendo pal cuartel y no paraba de llover y el Doctor me gritaba Rufinooo Rufinoooo y yo toda la cara empapada y el pelo empapado y el barro y sólo podía llorar y me acordaba de Mazariegos y corría pal cuartel, porque yo preso no quiero ir y lo primero era contar lo que había pasado y que sacaran a Mazariegos aunque fuera muerto, pero el Doctor me alcanzó en la puerta de la cantina y me metió pa dentro, y a Fermín que cerrara la puerta, y a mí que dónde ibas desgraciado, que nos vas a llevar a todos a la cárcel y que aquello había que olvidarlo y que había que hacerse a la idea de que Mazariegos se había muerto de verdad y que lo último que había que hacer era contar algo, y entendido? y a nadie! y entendido? y el Doctor se puso muy furioso ese día y maldijo a Mazariegos y pa mí todo eran insultos también... Y así tres días estuve y piense usted, tres días sin dormir ni una sola hora, con la cara de Mazariegos en mi cabeza y el soni-

do de la tierra que cae encima de la caja y así hasta que ya no pude más y fui al cuartel y... yo le juro, señor juez, que yo no le maté, que nadie le ha matado a Mazariegos, que él solo se buscó su propia muerte y...

— |

## EVA, EL MUNDO Y YO

*(2º Premio XIV CERTAMEN NACIONAL LITERARIO CIUDAD DE BURGOS)*

**S**i las mentiras fueran una entidad física no habría Universo, finito o infinito, que pudiera contenerlas. Hoy me enfrento al mayor reto de toda mi vida, el mayor reto al que haya tenido que enfrentarse cualquier ser humano desde que el mundo es mundo. Tengo en mis manos la verdad, la gran Verdad, la verdadera Historia del mundo. Y tengo la responsabilidad de contarla a los cuatro vientos y poner fin a tantas y tantas mentiras, a pesar de que ahora ya no sirva de nada. Sé que no van a creerme (aunque eso será solamente cuestión de tiempo), pero no puedo, ni quiero, evadir este compromiso. Así que empezaré por el principio.

La única verdad que ha permanecido hasta hoy, aunque no sin dificultades, es que Dios creó el mundo. Y digo no sin dificultades porque, durante siglos, filósofos y científicos han intentado con ahínco convencernos de que tal cosa no ocurrió, inventando para ello absurdas teorías que han logrado que creamos lo increíble. Yo mismo pensaba, hasta hace sólo unas horas, que efectivamente el Universo se originó en una singularidad espaciotemporal de densidad infinita y físicamente paradójica, y que el espacio se ha expandido desde entonces haciendo que los planetas y demás objetos astrofísicos se alejen unos respecto de otros dando lugar al mundo tal y como hoy lo conocemos. Nada más lejos de la realidad. Sólo ahora alcanzo a comprender la magnitud de tal disparate. Sin duda

fue un ser supremo, omnipotente, omnisciente y omnipresente el que dio forma al Universo que nos aloja. Y ese ser es Dios. Ahora bien, a partir de ahí, todo lo demás forma parte de una gran patraña urdida por él mismo y consolidada por el propio ser humano durante millones de años.

Si Dios creó la especie humana no fue para que poblara la Tierra y perpetuara la vida. No somos fruto de ningún plan divino ni de su bondad, pues no es bondadoso. No fue Adán quien surgió de un puñado de polvo, sino Eva. Dios creó el mundo para su goce y disfrute personal y ese goce, una vez terminados los planetas, el cielo y la tierra, las estrellas, los ríos, los montes, la noche y el día, la luz, las aves y todo lo que conocemos, ese goce, digo, requería para convertirse en sublime la presencia de una mujer. Y así fue que Dios sopló la tierra entre sus manos y creó a Eva, no a su imagen y semejanza, sino a su divino antojo, concebida para darle placer, no físico -eso está claro, por no tener Dios una presencia física-, sino espiritual; concebida para amarla y para que ella le amara, para servirla y ser agasajado por ella.

Pero ocurrió con el tiempo que Eva, caprichosa, con todos los placeres a su alcance, se sintió sola y reclamó a su padre creador la presencia de otro ser humano, explicando su necesidad de sentir una compañía humana en el Edén. Y quiso Dios satisfacer a Eva, y así sucedió que, de su propia costilla, no sin cierta desgana, creó un segundo ser, mucho menos hermoso, mucho menos perfecto, de nombre Adán.

Eva había amado a Dios durante años, fiel a su misión, tal y como éste había programado. Pero la presencia de Adán en el Paraíso trastocó los planes del todopoderoso. Al encontrarse de pronto Eva con un nuevo ser, humano como ella, corpóreo, físico, visible, palpable e imperfecto, su interés por el que hasta entonces fuera su único amor se fue desvaneciendo. Frente a la inocencia y la humildad de Adán, Dios fue convirtiéndose a los ojos de Eva en un ser egoísta, ambicioso e insolente, obsesionado por la perfección y por el orden, y todo aquello que tanto había admirado en él se convirtió en el

motivo de un profundo desprecio que rumiaba en silencio, pero del cual el altísimo, como es lógico, estaba al tanto.

Por otro lado, Adán poseía algo que nunca Dios podría tener: sexo. Y no me refiero solamente a aquella imperfección que emergía entre sus piernas, aquello que no era más que un descuido, un defecto de fábrica por decirlo así, sino al concepto más genérico del término. Adán era un hombre, y su reciente presencia en el mundo llevó a Eva a comprender que ella era una mujer, que también era un ser sexuado frente a la insípida condición asexuada del creador. No tardaron los primeros pobladores de la Tierra en sentir una atracción mutua, una mera curiosidad por el cuerpo del otro que se convirtió poco a poco en deseo y en un imparable anhelo por poseerse recíprocamente. Los planes del que hasta entonces creía controlarlo todo se estaban desmoronando.

Era cuestión de tiempo que aquel fervor se consumara y que, inocentemente, Eva y Adán sucumbieran a la pasión. Así fue, y la ira de Dios estalló. El que todo lo podía era incapaz de comprender aquella osadía, aquella traición. Así que los dos amantes fueron expulsados del Paraíso. El tirano, despechado, castigó a Adán con la tortura de saber que algún día, no muy lejano, tendría que rendir cuentas ante la muerte, lo mismo que sus hijos y los hijos de sus hijos. Para Eva guardaba una penitencia mayor. Incapaz de castigarla con la mortalidad que todo lo destruye y sabiendo que albergaba en su vientre el fruto de su encuentro con Adán -nada más y nada menos que el futuro de la especie-, decidió que el mundo se parara. Suspendió los mecanismos que hacían girar la Tierra alrededor del Sol y sobre sí misma y haciendo a Eva sabedora de tal acontecimiento la condenó a caminar por los siglos de los siglos si quería que el planeta girara de nuevo. Sólo el movimiento continuo de sus pies sobre la tierra en un éxodo sin fin permitiría que el orden cosmológico siguiera su rumbo, permitiendo que al día le sucediera la noche y a cada noche le siguiera un nuevo día. Así quiso alejar a Eva del deseo carnal y espantar el fantasma de una segunda traición, pues la obligación de permanecer caminando le impediría por siempre jamás pararse

a gozar del acto sexual. Si tus pies descansan, el mundo se para. Palabra de Dios.

Desde entonces los pies de Eva han caminado día y noche haciendo posible la vida en este mundo mientras nosotros, sangre de su sangre, ajenos a tan sádico *vía crucis*, inventamos según la época y el lugar un conjunto de leyendas y mentiras, mezclando historias de serpientes malignas y manzanas prohibidas, mesías crucificados que redimen los pecados, forzudos que sostienen el mundo con sus manos, caballos que arrastran en su carro el Sol alrededor del orbe, explosiones cósmicas y mutaciones celulares con las que pretendemos explicar el origen de la vida... Un abanico de infamias que ningunean el único y verdadero motor del mundo: los pies cansados aunque siempre hermosos de la primera mujer sobre la faz de la Tierra.

Pero ahora todo ha terminado. Y sé lo que me digo, porque Eva descansa en mi cama, dormida. La miro y no puedo evitar sentirme feliz, infinitamente feliz. Ahora me doy cuenta de que todo era cierto. Desnuda sobre las sábanas, toda su piel rezuma sexo. Su pelo, sus pies, sus manos, sus pechos... son vida en estado puro. Para ella es como si fuera —¡qué paradoja!— el comienzo. En esta buhardilla se han condensado de repente el principio y el fin, la vida y la muerte. Mi lecho es, sin que nadie más lo sepa, el epicentro del mundo. Sé que cuesta creerlo, pero es solo cuestión de tiempo. Enciendan su televisor y verán que algo está ocurriendo. O mejor, salgan a la calle. Guarden silencio y verán que el mundo se ha detenido. Esperen a que llegue el alba y cuando el Sol falte a su cita comprenderán que todo es cierto. Acuérdense de quien se lo ha contado primero. Yo me despido. Su cuerpo me espera desnudo como la tierra seca espera la lluvia.



## NATURALEZA MUERTA

*(2º Premio VIII CONCURSO DE RELATO CORTO DE MONTURQUE, CÓRDOBA)*

La vida de don Adolfo jamás había sido tan triste como en los últimos tiempos. Es cierto que nunca fue un personaje deslumbrante, lo que se dice un triunfador, pero no es menos cierto que en un pasado no muy remoto la suerte caminaba de su lado y podía gozar incluso del privilegio de sentirse feliz (que no es decir poco, pues en esto, y en nada más, consiste al fin y al cabo la tan invocada felicidad). Sin embargo los últimos tiempos no han sido nada fáciles. Y lo peor, sin duda, ha sido lo que le ha ocurrido hoy, este golpe de mala suerte. Ahí está, junto a la ventana, mirando el patio solitario, a veces con los ojos clavados arriba, en un cielo sin estrellas que parece querer desprenderse de las alturas, y a veces con la mirada fija en el suelo, en las tapas definitivamente arruinadas de ese maldito libro que acaba de arrojar por la ventana, como queriéndose deshacer de una vez por todas de tanta decepción.

Adolfo Beltrán Cividanes siempre quiso ser escritor. No es un hombre ambicioso. Quiero decir con esto que nunca aspiró a ser una gran figura de la literatura nacional. Siempre humilde, muy consciente de sus limitaciones, jamás pretendió hacerse con una butaca en los altares de la intelectualidad española, convertirse en millonario vendiendo ejemplares de un brillante best-seller o recorrer el país recogiendo premios y concediendo entrevistas a los suplementos culturales de los grandes diarios. Adolfo Beltrán Cividanes solo

quería contar historias y vivir tranquilamente en su pequeño pueblo, sin tener que pasar el verano cosechando cebada en la dura tierra castellana ni el invierno encaramado a las alturas de un chalet en construcción. Ilusión no le faltaba, eso está claro, y a juzgar por el desarrollo inmediato de ésta, su historia, cualidades tampoco.

A los treinta y dos años, Adolfo Beltrán Cividanes era un hombre culto, reservado, felizmente casado y tremendamente orgulloso de poder ganarse el pan (no sólo el suyo, sino también el de su mujer y el de sus dos hijas) escribiendo con profundidad sobre la vida y la muerte, narrando con agradable simpleza todo tipo de sucesos cotidianos (unos reales, otros ficticios, otros con un poco de ambas cosas) y dando vida, siempre con un ingenio encantador, a peculiares personajes que constantemente exigían desde los rincones más profundos y viscerales de su Ser la oportunidad de ser paridos a un mundo de papel offset y bellos caracteres Garamond.

Con tres novelas a sus espaldas y varios libros de relatos cortos, Adolfo era ya don Adolfo para niños y también para mayores, un hombre feliz que estaba a punto de hacerse con el Premio Provincial de Narrativa y poner así la guinda a una trayectoria discreta pero a todas luces envidiable.

Sin embargo, la guinda del pastel no fue solamente una guinda, fue también un rotundo punto y final. El pozo de las ideas se secó; el alma literaria de don Adolfo parecía una manzana olvidada en lo alto de un armario de cocina.

A los cuarenta y cuatro años, don Adolfo es un jubilado precoz, un hombre lánguido, carne de insomnio y desesperanza. Apenas una sombra tras el ventanal del café de Esteban, viendo como la vida pasa de largo, sin dedicarle el más mínimo guiño desde el otro lado del cristal. Algún paisano se sienta junto a él de vez en cuando, dispuesto a compartir el paso lento del tiempo (a veces exasperante) en las tardes grises del invierno de este pueblo de Castilla. Don Arturo, el doctor, un hombre muy entrañable y cultivado, le preguntó en una ocasión sin malas intenciones:

—¿Y en qué anda ahora, don Adolfo, una nueva novela, tal vez



un libro de poemas? Hace tiempo que no publica nada. ¿Es que ya no escribe?

—Efectivamente, ya no escribo —respondió altivo don Adolfo, intentando tapar con palabras repetidas una herida mortal de necesidad—. Ahora sólo me dedico a leer. Y leyendo, don Arturo, leyendo se da uno cuenta de que cualquier intento por escribir es un acto de desvergonzada osadía, una falta de respeto al talento de lo que otros han escrito ya, una insolencia frente a todas las obras de arte que a uno le quedan por leer. ¿Quién puede llegar a creer que el tiempo, el ridículo tiempo que esta vida nos concede como migaja, puede malgastarse intentando crear algo cuyo valor supere al de todo lo que los grandes clásicos ya han creado antes?

—Esteban, pon un par de vasos —dijo don Arturo, como quien huye de una quema en hogar ajeno, donde ya nada se puede hacer. Los dos miraban la calle vacía al otro lado de la ventana.

.....

Esta mañana, temprano, don Adolfo entró en su escritorio. Era la primera vez en varios años que ponía los pies en aquel cuarto casi sagrado, por evitar una nostalgia que se adhiere a sus ropas y a su piel con sólo sentir el olor a madera vieja, y que sin duda es poco recomendable para su ánimo, ya bastante maltrecho por la rumia de un fracaso tardío, despiadado, que ha ido anegando poco a poco lo que otrora fuera, en términos botánicos, un jardín en flor.

Encontró el despacho igual que siempre. Sólo las manos de Inocencia, su mujer, se atreven a profanar de vez en cuando la estancia, con la única intención de limpiar el polvo depositado en las superficies y entre los rincones. También se encarga de mantener siempre frescas las flores del jarroncito marrón, que parecen llenar de vida la sencillez del cuarto desde un rincón estratégico de la mesa, presidida en silencio por la vieja Underwood.

Por lo demás, todo ha permanecido intacto, sin un solo cambio, tal y como se conserva la habitación de un hijo muerto, esperando

con la mitad del alma un regreso milagroso que la otra mitad sabe de todo punto imposible: la vieja mesa de madera, heredada a través de varias generaciones junto con su correspondiente silla; los estantes de la pared, repletos de los libros que Inocencia va recuperando a modo de encargo para las lecturas de su marido; la lámpara de pie, una auténtica obra de arte, adquirida a precio de ganga en un mercadillo de la ciudad hace ahora más de veinte años; la otra, la de la mesa, mucho más corriente; algunos diccionarios y tres o cuatro libros permanecen esparcidos por encima de la mesa, como si el lugar hubiera sido abandonado de un modo imprevisto, y arropan a la vieja máquina de escribir, el verdadero corazón de toda la sala; en las paredes, un papel descaradamente anticuado, testigo de innumerables horas de trabajo, parece empeñado en conservar el humo de cada cigarrillo pasado. Un lugar pequeño, discreto y sobrio, pero no carente de cierto estilo.

Al abandonar el despacho, antes de cerrar la puerta, don Adolfo dedicó la última ojeada a la mesa y a sus objetos. Tenía la sensación de estar contemplando un cuadro, tal vez una extraña variedad de bodegón.

—Naturaleza muerta —pensó—.

A partir de ese momento el día ha transcurrido tranquilo, sin ningún imprevisto, con la salvedad de que hoy es domingo, y la rutina, dueña y señora de esta inmensa llanura, concede una breve tregua a las gentes, resignadas a estas alturas a que la vida entre semana sea apenas el derecho y la obligación de, simplemente, estar. De lunes a sábado, los días son tan semejantes que a veces cuesta distinguir en la memoria unos de otros. Pero el domingo no, el domingo es distinto.

Don Adolfo ha acudido a misa por la mañana, con su esposa y con la mayor de sus dos hijas, puesto que la pequeña no ha salido, por así decirlo, mujer de Iglesia. Algo que preocupa seriamente a Inocencia, educada desde su niñez en la fe cristiana y que ahora tiene que ver con dolor como a su más joven vástago (una buena muchacha, por otro lado) parece no importarle el destino último de su espíritu y rechaza poner a salvo su alma pecadora a través del

sagrado sacramento de la eucaristía, y lo que es peor, con el consentimiento de su padre, que aunque también fue educado en la fe cristiana desde niño parece tener las entendederas un poco más preparadas para cumplir su intrínseca función, al menos en lo que se refiere a comprender que también los otros caminos, los que no son del Señor, son inescrutables.

Las mujeres han regresado a casa una vez terminada la misa, puesto que las tareas del hogar, también duras, no se hacen solas, y don Adolfo, elegante como todos los domingos, se ha acercado hasta del café de Esteban, donde el ambiente permitiría adivinar al que no lo sepa que hoy es fiesta y que por unas horas descansarán las máquinas del campo y permanecerán cerradas las puertas de los pequeños comercios.

—Pon un vaso, Esteban. Y ponles también una vuelta a don Arturo y compañía. Qué, ¿cómo va eso? —Le ha preguntado sin esperar respuesta don Adolfo al camarero, un muchacho pelirrojo al que conoce desde que una lejana mañana le viera llegar al pueblo de la mano de su madre y con un padre muerto en los ojos, huyendo los dos de una casa en la ciudad, mucho mejor que la vieja casa de los abuelos, pero inhabitable por albergar entre sus muros demasiados recuerdos; un buen muchacho que supo aprender el oficio con don Matías, el antiguo dueño del bar, y ahora tiene cómo ganarse la vida cómodamente, al menos bajo un techo, sin tener que estar expuesto a las inclemencias del tiempo.

Con el apetito abierto y después de charlar durante un rato con varios conocidos (en realidad no se puede decir que don Adolfo sea un hombre de muchos amigos, no por tener un mal talante, sino por su carácter reservado, por su timidez, sobre todo en estos últimos tiempos, los malos) ha decidido que ya era hora de regresar a casa para comer y así lo ha hecho, no sin echarle a la máquina tragaperras un par de monedas antes de salir, más por costumbre que por necesidad o esperanza de que le pueda salir el premio.

La comida ha sido la de todos los domingos, incluyendo el arroz con leche del postre y la habitual regañina de Inocencia a la hija

menor por su desvergonzada apostasía, así como las palabras de don Adolfo, desganadas ya de tan repetidas:

—Deja a la chiquilla, que sea libre de hacer lo que quiera con su fe.

Tras la comida, don Adolfo ha resuelto echarse una buena siesta, no en el sofá, como hace otros días, sino una siesta de las de verdad, en el dormitorio y con las persianas bien cerradas protegiendo del sol estival la frescura rústica de la casa. Y ha sido al despertar cuando todo ha dado un vuelco inesperado. Primero el desasosiego, la inquietud, luego esa ilusión incontrolada y finalmente esta terrible decepción que le tiene a don Adolfo el estómago tan encogido mientras observa el libro estrellado en el fondo del patio.

Pero vayamos por partes. Se despertó don Adolfo con una extraña sensación, algo que no lograba identificar, aunque le resultaba en cierta manera conocido. Poco a poco, mientras se iba despabilando, comenzó a darse cuenta de que algo le rondaba por la cabeza, como en los viejos tiempos, una historia a medio hacer, un pensamiento, un personaje que insistía en hablar, que insistía en cobrar vida, todo a medias, nada definitivo, sólo ideas vagas, presentimientos. Se azoró, estaba nervioso, inquieto, se vistió rápidamente sin prestar atención a las cosas que tenía frente a sí, con la mente en otro sitio, despistado. Salió del cuarto y caminó por el pasillo, orinó sin fijarse en la blancura de la taza, ni en el vaho desprendido de su líquido amarillo, ni en su miembro tímido, arrugado ahora tras la erección con la que había regresado del profundo sueño, por lo que no reparó en que estaba salpicando la tapa, algo que Inocencia no podía soportar.

—No me molestéis, estaré un rato en mi despacho, no me llaméis para cenar —dijo a su mujer y a sus dos hijas, que veían la televisión en la sala de estar.

Entró en su oficina como había hecho esta mañana, ya más calmado, y observó de nuevo todo lo que allí había, intentando hacerse otra vez dueño del lugar tras tantos años de abandono involuntario. Se acercó a la silla, mirando con respeto la vieja máquina de escribir. Apoyó su dedo índice sobre la tecla correspondiente a la letra ‘k’

y presionó con un golpe seco. Tac. La vieja máquina sonaba igual que siempre. El caracter quedó impreso en el rodillo negro, pues no había ningún papel que pudiera recogerlo. Don Adolfo separó la silla de la mesa y se sentó. Se atusó el pelo con ambas manos. Luego, como en una especie de ceremonial, sacó el tabaco del bolsillo derecho de su pantalón y encendió un cigarro. Aspiró el humo y lo fue soltando lentamente. Lo apoyó en el cenicero y dejó que se fuera consumiendo, mientras él colocaba una hoja de papel en la máquina de escribir. Tecleó el título, como siempre hacía, lo primero, y también como siempre hacía dudó que éste fuera el orden lógico para proceder en estos casos, pero él lo prefería así.

—Qué más da —se dijo a sí mismo en voz baja.

Escribió las primeras líneas sin pensar demasiado, dejando fluir las ideas, a la espera de que todo lo que había germinado en su cabeza durante la siesta terminará al fin de tomar forma y saliera por su propio pie de una manera ordenada. Cuando quiso echar mano del cigarro sólo quedaba ya el filtro humeante y requemado. Le apretó contra el fondo del cenicero y sacó otro pitillo del paquete. Continuó escribiendo. Cambió el papel. Fumó, ahora con ansia. Escribió más. A menudo sonreía, sorprendido por lo que leía en el trozo de papel golpeado una y otra vez por el metal, como si no fuera él quien lo estaba escribiendo. Volvió a cambiar el papel, la cosa avanzaba, iba bien.

A las pocas horas, Adolfo escribía con dedos rápidos “La muerte es una interminable pradera gris”. Era el final de un gran relato, sí señor. Sacó esta última hoja de papel y la juntó con las otras que ya había colocado encima de la mesa. Cogió el último cigarrillo del paquete, lo encendió y comenzó a leer desde el principio lo que, por fin, después de tantos años, había escrito. Le pareció bueno. Le gustó. Habría que hacer algunas correcciones, sin duda, pero no estaba nada mal. Dejando a un lado la modestia (cosa que uno puede hacer fácilmente cuando está solo) le pareció un relato francamente bueno. Se sintió ilusionado, muy satisfecho. Había vuelto a la vida.

No ha querido permanecer en aquel lugar más de lo necesario. La labor ya estaba hecha.

—Mañana será otro día —ha pensado, y ha decidido que era la hora de descansar. De nuevo ha orinado y ha ido hacia la habitación, donde Inocencia dormía ya plácidamente con la luz deliberadamente encendida, para cuando su marido decidiera acostarse también.

Serenamente, don Adolfo se ha desvestido y ha sacado su pijama de debajo de la almohada, con cuidado de no despertar a su mujer. Ya en la cama le ha invadido una nueva oleada de satisfacción, un agradable bienestar.

—Mañana en cuanto me despierte se lo contaré a Inocencia. Seguro que le doy una alegría —ha pensado para sus adentros.

En vista de su falta de sueño, ha decidido leer un rato antes de apagar la luz y ha estirado el brazo para coger de la mesilla de noche el libro que Inocencia le trajo ayer de su propio despacho. Don Adolfo ha abierto el libro al azar, ha leído unas líneas sueltas, por simple curiosidad, y luego se ha dirigido al índice para ver los contenidos de esta obra que desde hace tiempo tenía ganas de leer. Le ha sorprendido ver que uno de los relatos contenidos en el libro se titula igual que el que acaba de escribir hace un momento y por eso ha decidido empezar a leer precisamente en la página ciento treinta y dos. Su sorpresa ha sido aún mayor cuando ha comenzado a leer y ha visto también la coincidencia de las primeras líneas. No podía creer lo que estaba viendo. Era su propio relato el que estaba impreso en aquellas hojas, con todas las palabras, con los mismos personajes, pero con la firma de aquel prestigioso autor. ¿Cómo era posible? Ha leído hasta el final sintiendo enormes ganas de llorar y, definitivamente desconsolado, ha llegado a esa última frase que tanto le había gustado escribir hace un rato: “La muerte es una interminable pradera gris”.

Rabioso, impotente, se ha levantado y ha caminado desnudo hasta su despacho, ha tomado de la mesa el pequeño montoncito de hojas que conformaban su relato y las ha hecho pedazos con una furia que nunca antes había sentido. Luego ha caminado de nuevo

hacia su habitación y ha abierto la ventana, sin importarle que a la pobre Inocencia, inocentemente dormida, le pueda coger un mal aire (que en Castilla hasta en verano las noches son frescas) y agarrando con profunda ira el libro, ese maldito libro que le acaba de partir el corazón, lo ha arrojado por la ventana, todo lo lejos que sus fuerzas le han dejado, como queriéndose deshacer de una vez por todas de tanta decepción.

— |





## MIRADAS

La primera vez que le ocurrió, Pedro tenía seis años. Caminaba de la mano de su padre por las calles de la ciudad vieja. Como cada domingo, habían salido para dar un paseo y tomar un helado de trufas, a la hora en que el sol desaparece tras los mugrientos edificios y concede una pequeña tregua a las parejas que se dejan llevar sin rumbo cogidas de la mano y sin apenas cruzar palabras. Al llegar al paseo de El Prado, levantó la vista entre los árboles y se detuvo observando el vuelo de un pájaro que trazaba una diagonal a lo largo de toda la calle. Le llamó la atención ese pequeño jilguero que con suaves impulsos subía y se dejaba caer de nuevo, desafiando las leyes físicas como en un eterno tiovivo. Durante tres o cuatro segundos, Pedro siguió con la vista el movimiento de aquel pájaro que parecía devolverle la mirada con sus insignificantes ojos de alfiler. Hasta que ocurrió. Las alas del pájaro quedaron de pronto inmóviles y aquel pequeño cuerpo comenzó un irremediable descenso hacia el asfalto, ante los ojos atónitos del niño. El pájaro cayó sin vida junto a sus pies, con un ruido de pequeños huesos que se rompen en mil nuevos huesos diminutos. Los ojos muertos del animal miraban ya sin ver hacia las nubes, bañados por un brillo inerte de cristal nacarado. El padre, que sólo tuvo conciencia de la leve existencia del pájaro cuando éste chocó contra el suelo de adoquín, amarró de nuevo la mano de Pedro y con un suave tirón lo obligó a proseguir el paseo, aunque ni uno ni otro pudieron olvidar fácilmente lo ocurrido esa tarde.

Ésa, a pesar de ser la primera vez, no fue la más dramática para Pedro, quizá por la dificultad de pensar que aquel suceso pudiera responder a otra cosa que no fuera el puro azar. La más dramática fue sin duda la segunda vez. El hecho ocurrió casi en idénticas circunstancias, sólo que no era su padre, muerto ya, quien lo acompañaba en su paseo dominical, sino su madre. Pedro tenía entonces nueve años y enmudeció al ver que un palomo se desplomaba desde la cornisa tras cruzar con él una inocente mirada de tres o cuatro segundos. Para la madre, que contemplaba ese hecho por primera vez, nada de lo ocurrido excedía los límites de la normalidad. Al fin y al cabo, las palomas son casi ratas con alas, animales sucios en una ciudad sucia. No era extraño que las enfermedades pasaran de la basura a los mundanos bichos que de ella se alimentan. Pero Pedro comprendió al instante que algo extraño conectaba aquel suceso con el otro, ocurrido tres años atrás. Algún hilo invisible se hilvanaba entre los ojos del jilguero y sus ojos, entre sus ojos y los de aquel palomo triste. Su desconcierto era tal que lo retuvo sin salir de casa varios días.

A partir de ese momento, la vida de Pedro cambió. Su carácter, hasta entonces ingenuo y afable como el de cualquier niño considerado normal por el resto de niños y por los mayores, trocó en un inaccesible mundo interior sacudido por extrañas cavilaciones, largos silencios y una mirada que parecía escrutar más hacia dentro que hacia fuera de sí mismo. Aquella capacidad recién descubierta y algo atroz para fulminar sin desearlo la vida de inocentes criaturas voladoras soterraba los cimientos de sus tiernos nueve años y lo sumía en un sinfín de preguntas carentes de respuesta.

No es que enloqueciera, pero concentró su pensamiento en descifrar el mecanismo de aquel extraño don, con lo que el resto del mundo apenas si le importaba. Y por encima de todo, su anhelo, más aún cuando ya era un hombre, fue encontrar alguien a quien le ocurriera lo mismo que le sucedía a él. Observaba a la gente, las caras, los movimientos de todo aquel que caminaba por las calles, en busca de algún indicio que le permitiera saber que no estaba solo.

Algunas veces se sentaba en un rincón apartado del parque y derribaba un pájaro tras otro, simplemente porque tenía la esperanza de que el maleficio hubiera prescrito, y al cabo de un rato regresaba a casa con una nube de amargura en la garganta.

El día de su cuarenta cumpleaños Pedro estaba trabajando. Era un día de lluvia. Habían transcurrido ocho meses desde que pasara a formar parte del Circo Mundial, muy provinciano a pesar de su nombre pretencioso, pero él pensaba que ése era un buen trabajo para alguien solitario e incapaz de someterse a los horarios y los formalismos de un empleo de clase media. Al principio colaboraba como ayudante, preparando los utensilios para los distintos números antes de cada función. La cama de clavos para el fakir, las antorchas del tragafuegos, las bolas de los malabaristas... hasta escribía nuevas bromas para los payasos y echaba de comer a los viejos elefantes, los animales más tristes que había conocido jamás. Pronto reparó en que el circo no tenía un número de funambulistas. Había oído hablar de los Bordini, una familia de alemanes que caminaban sobre una cuerda de acero a 50 metros de altura, sin red, sin cuerdas, haciendo galopar los corazones de aquellos que observaban desde el suelo sus números temerarios. Desde entonces, Pedro atravesaba cada noche la carpa del circo conteniendo la respiración y un puñado de aire en cada mano le bastaba para mantener el equilibrio del que dependía su vida. Los aplausos del público le daban fuerzas para la siguiente actuación.

Tras la gira de verano por las ciudades más importantes del país, el Circo Mundial recogía su carpa de lona y se limitaba a ofrecer por las calles de los pueblos algunos números más cortos, no todos los que formaban parte del show, pero el número del funambulista se repetía invariable cada tarde. El día de su cumpleaños había transcurrido con total normalidad y ahora Pedro daba los primeros pasos (siempre los más vacilantes) sobre la cuerda. Bajo aquel cordón de acero reposaban treinta metros de absoluto vacío. Entre la multitud, Catalina observaba con el corazón en un puño a aquel hombre escuchimizado pero ágil cuyos brazos desplegados subían y bajaban

nerviosos entre paso y paso. Al llegar al centro de la cuerda, Pedro levantó unos segundos la mirada de sus propios pies y se encontró con la mirada de Catalina. Al instante comprendió que había encontrado lo que siempre anduvo buscando. Entre sus ojos y los de ella se tendía un puente indestructible, un calor poco habitual. Por un momento, ambos sostuvieron la mirada. A Pedro le hubiera encantado conocer a aquella mujer, pero antes de llegar al suelo, su corazón ya estaba muerto.

— |

## MESA PARA TRES

Todo estaba preparado para una gran cena romántica. La mesa estaba dispuesta con todos los detalles: centro de flores, velas, copas para el champán... Sólo un tercer plato con su cubierto en una esquina incómoda de la mesa rompía la perfecta simetría de aquel cuadro. Ignacio aguardaba tumbado en la cama, vestido pero sin camisa, fumando con la tele encendida mientras ella terminaba de vestirse y cuidaba frente al espejo los últimos detalles: un suave toque de color en las mejillas, un poquito de perfume detrás de sus pequeñas orejas rosadas, un colgante de plata. Realmente era preciosa. Ignacio la miraba pensando que tal vez valiera la pena meterse en líos una última vez por una mujer así, aunque fuera casi una completa desconocida. Apagó el cigarro y justo mientras lo aplastaba contra el cenicero de cristal sonó el timbre. Ella dio un respingo.

—Es él— dijo mirando a Ignacio.

Éste le hizo un gesto tranquilizador con la mano. Apagó la tele, se puso su camisa y le indicó sin hablar que fuera a abrir. Entornó la puerta y se quedó esperando a oscuras en la habitación, observando lo que ocurría. Quería verle antes de que él le viera.

Ella abrió la puerta. El hombre traía unas rosas que le entregó nada más entrar. Luego la besó y la miró de arriba abajo con ojos de perro hambriento mientras ella buscaba un jarrón y ponía agua para las flores. Ignacio le observaba por la rendija de la puerta desde la oscuridad del cuarto. Le pareció un maldito mafioso, casi un viejo con aspecto de pervertido hijo de puta y cara de asesino, vestido

impecable, con sus joyas de oro y su incipiente vejez tratando de salirse del traje de Armani.

—Siéntate, cariño —le dijo ella—. Cenaremos enseguida.

Él se sentó sin reparar en aquel tercer cubierto de la mesa.

—Tenía muchas ganas de verte—. Sonreía todo el rato y la miraba mientras ella iba y venía a la cocina ultimando los preparativos para comenzar a cenar.

“Está pensando en el postre que tendrá, el hijo de la gran puta, y lo único que se va a comer es una mano de hostias”, pensó Ignacio abrochándose los botones de su camisa y tomando aire para salir.

La chica comenzó a servir la sopa, empezando por el plato de él. Cuando ya estaba terminando de servirse su plato, apareció Ignacio, abrochándose el último botón de la camisa y metiéndosela por entre el pantalón.

—Buenas noches —dijo tendiéndole la mano al hombre—. Usted debe de ser el señor Arano. Mucho gusto.

—Buenas noches— dijo el hombre mayor con voz quebrada. Ofreció una mano floja al joven y antes de volver a sentarse miró fijamente a la chica, que servía sopa en el tercer plato de la mesa con los ojos fijos en el cazo y que podía sentir en su nuca la carga de sorpresa, preguntas, reproches y odio de aquella mirada.

Ignacio se sentó en un rincón de la mesa, se colocó la servilleta de manera que su camisa estuviera protegida de una posible mancha y comenzó a comer antes que nadie con un fingido aire desenfadado y alegre, opuesto al desconcierto y al ambiente pesado que dominaban todo el comedor. Fingía su despreocupación e incluso sus malos modales, sobreactuando y tratando de que el señor Arano intuyera su fuerza, su juventud, su arrojo.

Ignacio le tuteó conscientemente mientras acercaba otra cucharada de sopa a su boca:

—Ángela me ha hablado mucho de ti.

El señor Arano no era un hombre que se amilanara fácilmente, pero aquella escena le había dejado un poco desconcertado. Sobre todo durante los dos o tres primeros minutos, en los que no sabía muy

bien qué significaba todo aquello. Ahora empezaba a intuir de qué iba el asunto y estaba dispuesto a mostrarse como lo que era: un hombre firme y poderoso. Pensó que probablemente aquella chica tendría un novio y ahora estaba arrepentida de haber vivido con él una aventura. Seguramente, pensaba, no pudo resistirse a la tentación del dinero, de los regalos, de los hoteles de fin de semana, y ahora se habrá dado cuenta de que no quiere dejar a este muerto de hambre. “No es más que una puta como todas las demás”, dijo para sus adentros. No sabía que en realidad los jóvenes se acababan de conocer la noche anterior.

—En cambio yo a usted no le conozco —contestó mirando su cuchara, que por primera vez tomaba sopa del plato para llevarla hasta su boca—. Y por supuesto, no esperaba encontrarle aquí.

—Pues ya ves. Ya estamos todos. Yo sí que le estaba esperando —dijo el joven sonriendo.

Ángela tomaba su sopa sin atreverse a mirar ni a uno ni a otro. De hecho, ninguno de los tres había intercambiado una sola mirada con los otros dos desde que se habían sentado a la mesa. Uno de los aspectos más inquietantes de la conversación era sin duda ese detalle: nadie miraba a su interlocutor cuando hablaba.

—¿Os sirvo vino? —preguntó Ángela con voz frágil cuando ya estaba llenando la copa de Arano.

Ninguno de los dos hombres atendió a la pregunta.

—He estado pensando en algún plan para después de la cena —por fin Ignacio miró a Ángela mientras hablaba, aunque en realidad se estaba dirigiendo al hombre—. Había pensado en las cartas, o tal vez un Trivial o una película, pero está claro que lo mejor será que te largues después del postre.

Ignacio giró su cabeza y cruzó con Arano una mirada que no se podría describir.

—Mira —comenzó a decir el viejo—, realmente no tengo ninguna intención de hacerte daño ni a ti, ni por supuesto a ella. Creo que será mucho mejor que te vayas tú ahora que todo puede arreglarse pacíficamente. Sería una pena que esta velada terminara mal.

Ignacio tenía un trozo de pan en su mano apoyada sobre la mesa

y con un movimiento casi imperceptible de la muñeca lo arrojó con una suave parábola, acertando a colarlo justo en el plato de sopa de Arano. El pan cayó como una piedra pesada cae en el agua y la sopa salpicó fuera del plato. El viejo no se inmutó, ni siquiera miró si el líquido había manchado su chaqueta o su corbata. Simplemente hacía girar el gran anillo de oro que llevaba en su dedo corazón.

— Eso ha estado muy feo — dijo —. Voy a tener que enseñarte algunos modales.

— Feo es amenazar, y también ese maldito anillo de oro, por mucha pasta que te haya costado — dijo Ignacio —. Lo mejor del buen gusto es que no puede comprarse con dinero.

— No te estoy amenazando, solamente te aviso. Conmigo no debes jugar. Creo que no sabes muy bien quién soy; no soy un muerto de hambre como tú. ¿Y tú? — dijo mirando ahora a la chica — ¿Es que tú no vas a decir nada? ¿No vas a explicarme qué cojones es todo esto, qué coño significa esta encerrona? ¡Para qué me haces venir estando aquí este mal nacido! Estaba casi seguro de que eras una puta medio loca, pero ya no tengo ninguna duda...

Ignacio se levantó bruscamente de la mesa y agarró con fuerza a Arano por la corbata, muy cerca del nudo, cortándole la respiración. Levantó el puño derecho y lo colocó por detrás de su cabeza, justo frente a la cara del viejo. Estuvieron en esa posición dos largos segundos, pero Arano se revolvió violentamente, rebuscó con su mano derecha en el bolsillo y sacó una navaja automática que al abrirse llenó la sala con un sonido metálico que asustó a Ignacio.

Ignacio se apartó, ágil. Arano no intentó usar la navaja. Simplemente la había sacado para dejar las cosas claras, pero estaba dispuesto a usarla si era necesario.

Ángela había ido a la habitación mientras los dos hombres se mantenían quietos, tratando de imponerse el uno al otro simplemente con la mirada, con la postura, esperando a ver qué hacía el contrario, y apareció en el comedor con la pistola de Ignacio, tal y como habían acordado antes de que el viejo llegara. Se la tendió e Ignacio la sujetó con una mano mientras con la otra tiraba hacia atrás de la



corredera, dejándola lista para disparar. En su cara se reflejaba ahora el sentimiento de superioridad, la posición privilegiada frente a su oponente, que miraba la pistola con la cara descompuesta.

—¡Mátalo! —gritó Ángela—. ¡Mátalo ya!

Arano no había imaginado que la situación podía irse así de las manos. Estaba rabioso, con la navaja en la mano y deseando matar a aquel hombre que ahora le apuntaba. Pero midió sus posibilidades y tuvo que resignarse. Su instinto de supervivencia pudo más que su orgullo. Cerró la navaja, la guardó en el bolsillo de su chaqueta y salió de espaldas a la puerta, mirando a la joven con todo el desprecio que puede acumularse en una sola mirada. Cerró la puerta y caminó hacia el coche sin volver la vista atrás.

Ignacio bajó la pistola. Miró un segundo a Ángela y sonrió. Luego abrió la puerta, sacó medio cuerpo a la calle y gritó:

—¡Qué te jodan, cabronazo de mierda!

El viejo se paro un instante, se dio la vuelta y luego volvió a girarse y caminó hasta llegar a su BMW negro. Las ruedas chirriaron al comenzar a subir la cuesta. Ignacio entró de nuevo y cerró la puerta. Sonreía nervioso, estaba muy alterado todavía. Abrazó a Ángela diciéndole:

—Se ha ido, preciosa, se ha ido para siempre.

—¿Por qué no le has matado? —le increpó Ángela.

Ignacio se sorprendió un poco. Le enseñó el cargador de la pistola.

—No está cargada, cariño. Nunca la llevo cargada. Además, no era necesario. ¿Acaso quieres que nos metamos los dos en un gran lío? Ahora ya nos hemos librado de él, tenemos todo el tiempo para nosotros. No te preocupes. —Y al terminar de decir esto se quedó pensando que quizá sí que estuviera un poco loca.

—Tenías que haberlo matado —murmuro de nuevo ella.

Había pasado casi un mes desde aquella velada cuando Ignacio vio al señor Arano bajar de su BMW en una calle del centro. Por un segundo se sintió excitado y tuvo ganas de acercarse para provocarle y

divertirse a su costa. Pero recapacitó. Realmente Arano era un hombre peligroso. No valía la pena tentar al diablo y pensó, además, que él ya tenía lo que quería: esa belleza de mujer que es Ángela, que tanto placer le estaba dando en la cama y fuera de ella, y que justamente hoy le esperaba en su casa para cenar y disfrutar juntos de una noche romántica. Había comprado una botella del mejor vino que había en la tienda y se dirigía con su traje más elegante a casa de la chica. Para qué meterse en líos, si por una vez en su vida la suerte le venía de cara.

Apuró el paso, compró una flor para ella en un puestecito de la calle y la guardó entre su chaqueta, pues se había levantado un viento incómodo que presagiaba tormenta.

Al llegar a casa de Ángela, ésta le recibió preciosa, perfumada y con su sonrisa más juguetona.

—Te estaba esperando, amor —le dijo ella—. ¿Llueve?

—Un poco. Se ha estropeado el día —respondió Ignacio después de besarla y entregarle la flor—. Vengo muerto de hambre.

Dejó el vino encima de la mesa y se sentó. Vio que la sopa ya estaba servida y entonces reparó en aquel tercer plato con su correspondiente cubierto en la esquina, justo en el momento en el que un hombre más joven que él y algo desaliñado salía de la habitación terminando de ponerse su chaqueta.

—Buenas noches —dijo éste—, tú debes de ser Ignacio. Ángela me ha hablado mucho de ti.

Ignacio miró pálido a Ángela. Al instante se recompuso, lo comprendió todo, sacó su pistola y la puso encima de la mesa.

—Está bien —dijo arrogante—. Se me ha pasado el hambre. Pasemos directamente a los postres.

Pero pronto recordó que no estaba cargada, y supo que ella también sabía. Entonces miró al joven y luego a la chica: él tenía la mano metida en el bolsillo de su chaqueta y ella sonreía tranquila. Una gota de sudor le recorrió la frente y desde allí cayó justo en el plato de la sopa, que ya empezaba a quedarse fría.



## LOS MUERTOS NO DEBEN HABLAR

(Accesit en el XXXIV CERTAMEN LITERARIO JOSÉ MARÍA FRANCO DELGADO, SAN FERNANDO, CÁDIZ).

La memoria rota nos hace creer que la riqueza es inocente de la pobreza, que la riqueza y la pobreza vienen de la eternidad y hacia la eternidad caminan, y que así son las cosas porque Dios, o la costumbre, quieren que así sean.

*Patas Arriba, la escuela del mundo al revés*  
**Eduardo Galeano**

### 1.

**D**isculpen si les hablo. No les quiero molestar. Pero estoy tan solo... Esto es nuevo para mí. Además no lo esperaba. O tal vez sí. Supongo que tarde o temprano tendría que pasar. No pensaba que la vida fuera a durar siempre, eso es lógico. Pero esto...

Antes, cuando estaba vivo, lo que temía de verdad era la muerte. Y me refiero al propio momento de morir, al tránsito (¡qué palabra, el tránsito!). Ahora descubro que no era nada. Un pequeño escozor en el cuello, un leve escalofrío y se acabó. Nada que resulte insoportable, nada de dolores ni de terribles espasmos. Nada de lo que uno puede temer cuando está vivo. Un pinchacito en la nuca y *chau*.

El más cobarde sería capaz de morir sin mostrar ni una gotita de pánico. No es nada heroico aquello que tantas noches me quitaba el sueño.

Sin embargo ahora... Eso sí me aterra. Nunca lo pensé y ahora me desconcierta el futuro, el qué vendrá. Este silencio... ¿Cuánto va a durar este silencio? Lo que no soporto es la idea de estar condenado infinitamente a no ser. Esta sensación me desborda. Llevo varias horas muerto y no ocurre nada. ¿Hasta cuándo voy a estar muerto? No puede ser que esto sea una etapa sin final. ¡El infinito! (¡qué palabra, el infinito!). No puede ser que este silencio se alargue más allá de los tiempos. ¡No puede ser!

Disculpen. No les quiero molestar. Estoy algo nervioso. Debo calmarme. Ni siquiera les he dicho mi nombre. Me llamo Mario. Bueno, me llamaba Mario. Supongo que mi nombre ya no me pertenece. Sólo me queda este cuerpo desnudo y frío. Parece de cera. Y este color... Apenas me reconozco. Era bonito mi nombre. Al menos a mí me gustaba. Siempre imaginaba que mi madre había sacado ese nombre de algún libro, de algún personaje de novela que luchaba contra su destino y vencía. Algún guerrero valiente que libraba a su pueblo de un tirano. O quizá de algún personaje real, histórico, alguien que permaneciera en la memoria de la gente por su empeño en hacer justicia (¡qué palabra, justicia!). En realidad yo no conocí a mi madre. No sé quién me puso ese nombre.

El primer recuerdo que tengo de mi vida es una máquina que fabricaba hielo. Sí, piedritas de hielo que caían sobre una gran montaña formada por muchas más piedras. Alguien me enseñaba esa máquina con emoción en un bar del centro, pero no consigo recordar quién era. El segundo recuerdo es la calle. Siempre he vivido allí. Al principio, cuando no era más que un *pibe*, el barrio parecía inabarcable. Era el mundo entero mi barrio. Nadie sabía cuál era el principio ni dónde terminaba. Era duro, eso sí lo sabíamos. Es duro. En la calle nadie dice 'vivir'. Los señores que pasan por la calle sí. Van al trabajo, vuelven cansados y alguno dice *Mi jefe no me deja vivir. Desaparezco un minuto de mi mesa y manda a la secretaria que me*

*busque por toda la oficina. ¡No lo soporto! A veces pasan del brazo de señoras y entonces se les ve buena cara. Recuerdo una pareja que caminaba siempre por el barrio. Recuerdo la cara de aquella señora porque yo solía decirle a Esteban que algún día me tocaría a mí pasear de su brazo por las calles. Era joven y guapa. Pero lo mejor era su manera de caminar. No andaba como el resto de las personas. Era liviana y sus pies tenían como una música... No tocaban el suelo. Un día pasaban a mi lado en la calle y el tipo le dijo *Tendré que irme de la ciudad unos días. Mi mujer sospecha cosas y no creo que debamos vernos tanto. He aceptado hacerme cargo de un negocio en España. Nos vendrá bien estar separados.* La mujer parecía aguantar las lágrimas y le dijo al tipo *No te vayas, no podría vivir sin ti.* Nunca más volví a verlos, aunque siempre me fijo en todas las parejas y más en las señoras que caminan solas. Supongo que ya nunca volveré a sentir la música de aquellos pasos.*

Qué bien sonaba la palabra vivir en boca de aquellos señores, sobre todo eso que dijo la señora de que no podría vivir sin el tipo aquel. Pero en la calle nadie dice ‘vivir’. En invierno, cuando te despiertas debajo del cartón húmedo y el frío es una especie de cuchilla arañándote en los huesos piensas *He sobrevivido*, y te preguntas si tendrás la misma suerte mañana. En la calle decimos más ‘sobrevivir’ (¡qué palabra, sobrevivir!).

.....

## 2.

Alguien tendría que decirme algo. Nunca he creído mucho en santos ni en paraísos, pero alguien tendría que decirme algo. La muerte no puede ser esto. Agradezco no tener frío, es un alivio. Pero tengo miedo.

Recuerdo lo que Esteban me contaba sobre el mar. Decía que si montas en una barca y pasas la islita de San Marcos, si sigues y sigues en la barca después de pasar ese trozo de tierra, el mar deja

de ser un camino entre la ciudad y la isla, deja de ser un camino entre las casas y los barcos que se ven desde la playa, y se convierte en una inmensa masa de agua, un desierto de olas que nunca termina, una visión que revuelve el estómago vacío. Cuando Esteban me hablaba así del mar se ponía serio y a veces cerraba los ojos. Yo también los cerraba y sentía una especie de vértigo imaginándome que al abrirlos vería sólo agua y agua y agua. *Si sigues en la barca, decía Esteban, si sigues durante muchos días en la barca llegarás a la otra parte del mundo. Allí toda la gente tiene auto y muchas personas tienen más de uno. Allí se acaba el barrio. Los señores no tienen que ir a trabajar y pasan los días en casa, viendo en el televisor historias de perros que viajan hasta las estrellas y haciendo el amor con las señoras. En las calles suena música todo el rato y no se puede dormir en los parques porque hay casas especiales para que los que no tienen nada no se mueran de frío.* Nadie sabía por qué Esteban se inventaba esas historias. Yo tampoco lo sabía, pero me gustaba escucharle. Cuando Esteban habla se te quita el hambre. De veras. Las palabras de Esteban a veces tienen ese don; llenan el estómago. Palabrita a palabrita van cayendo como sopa caliente y uno se siente bien desde los pelos hasta los zapatos.

¿Qué hará ahora Esteban? Se ha librado por poco. Me alegro de que haya logrado escapar, pero por otro lado le querría aquí, conmigo. Él sabría explicarme qué carajo es esto que no es nada y al mismo tiempo es tan grande. Él sabría ponerle nombre a esta soledad y a este silencio, porque sin duda decir soledad y decir silencio no sirve para nombrar este maldito abismo (¡qué palabra, el abismo!).

.....

### 3.

Los señores que pasan por la calle nunca te miran. A veces te dan algo de dinero, pero no te miran. Miran hacia abajo, a sus zapatos brillantes, y dejan un par de monedas en tu mano. Casi nunca les

ves los ojos. Los conozco bien a los señores que pasan por la calle. Sé cuándo uno es honrado y cuándo otro le pega a su mujer. Ellos parecen todos iguales, con su traje oscuro, su corbata de rayas, sus zapatos lustrosos y esos maletines donde parecen guardar toda su vida. Pero yo los conozco casi uno por uno, porque en la cara de las personas se puede ver lo que hay por debajo del traje. Casi todos tienen prisa, pero pocos saben realmente adónde van y cada día que pasa se les nota más cansados y como de peor humor. Todos son esclavos, unos de otros. Eso lo dice Esteban. Un día le pregunté si no le gustaría tener un trabajo como el de aquellos señores, tener un despacho y ganar buena *plata* de lunes a sábado para gastarla los domingos en esos grandes centros de tiendas donde lo mismo ves una gran película extranjera que te compras un ciclomotor o un radiocasete estéreo. Pero Esteban dice que son unos infelices, que el miedo no les deja vivir. *Tienen miedo de perder el trabajo, miedo de manchar la corbata, miedo de nosotros, que les molestamos por unas cuantas monedas y miedo de ellos mismos y del resto de los señores. Por eso ponen rejas en sus casas y cada vez hay más policías. Todos están presos, los que viven dentro de las cárceles y también los que viven fuera. Pero nadie lo sabe. Los señores se sienten importantes, sobre todo cuando pasean del brazo de las señoras y miran de reojo a las señoras que pasean del brazo de otros señores. Ellos piensan que el mundo gira porque cada mañana se levantan y caminan, pero en realidad nadie puede saber por qué el mundo gira.*

A Esteban no le gustan mucho los señores. Por eso no tiene miedo cuando les quita la cartera en el *ómnibus* o cuando enseña su navaja para sacarle unos billetes al que se extravía por las callejuelas del barrio. A mí sí me da miedo. Muchas veces invento excusas para no ir con él a conseguir *plata*. Le digo que me encuentro mal: que estoy mareado o que me duele la tripa. Él nunca dice nada, pero yo sé que él sabe. Luego, cuando regresa con algo de comida o con licor, comparte conmigo sin hablar. Entonces yo me siento un cobarde y me juro que no voy a probar nada. Pero tengo hambre y nunca

consigo cumplir lo que digo. Cuando tienes hambre, ustedes tal vez ya lo sepan, perdonen que les siga molestando, pero cuando tienes hambre las palabras cobarde, valiente, bueno, ladrón, borracho y algunas otras no tienen significado. Puedes pronunciarlas si quieres pero no te sirve de mucho porque no significan nada.

Hoy no inventé ninguna excusa. Por eso Esteban tendrá que pasar solo la noche (¡qué palabra, la noche!).

.....

#### 4.

Me pregunto quién tendrá lo que restaba de mi vida, los días que no he gastado, las palabras que no he dicho. El tipo de uniforme que me disparó no tiene nada, eso es seguro. Tampoco el tipo que mandó disparar al tipo que disparó, ni el que paga a esos dos hombres, ni el hombre que ordena y manda sobre todos los demás. Hace tiempo que Dios se desentendió de mí; no creo que le interese quedarse con los restos de mi vida. Pero entonces ¿dónde está lo que tendría que ser mío? No puede ser que todo se esfume así, sin dejar rastro. ¿Dónde están los amigos que no he llegado a conocer, o el empleo que tal vez me aguardaba agazapado tras un golpe de suerte? ¿Dónde está el *auto* grande al que nunca me subí? ¿Dónde están mis otras muertes, las que no tuve? ¿Dónde estará mi esperanza? (¡Qué palabra, la esperanza!).

.....

#### 5.

No todo el barrio es tan triste como las calles donde yo vivo, vivía, disculpen (uno tarda en acostumbrarse a la idea de estar muerto). Tampoco todos los barrios de la ciudad son como mi barrio e imagino que no todas las ciudades son iguales a mi ciudad. Algunas



veces fui con Esteban a conocer el centro. Mucha gente dice que el barrio es peligroso, pero en el centro es donde realmente uno debe tener cuidado (es posible que el peligro sea una cuestión de puntos de vista). Sólo por caminar o por colarte en el metro puedes tener problemas con algún policía, e incluso puedes dormir en el calabozo si al tipo en cuestión le acabas cayendo mal.

Pero eso sí, merece la pena ver esas avenidas con árboles, esos parques donde sientes que se puede respirar o los altos edificios que se elevan hasta el cielo con paredes de cristal. Ahí sí que sólo pueden entrar los señores. Esteban piensa que la clave de muchas cosas está en esos edificios. *Tras esos ventanales, decía siempre, se decide quién debe mandar la nación, cuántos billetes hay que fabricar o de qué países debemos ser amigos. También se decide quién debe ser pobre y dormir en la calle; se decide quién debe robar para vivir y quién debe ir a la cárcel por haber robado; se decide quién debe formar parte del sistema económico y quien debe comer en sus vertederos. El mundo sería más justo sin esos edificios, pero sus raíces llegan casi hasta el mismísimo centro de la Tierra.* Las visitas al centro de la ciudad y, a veces también, las palabras de Esteban, dejaban en mi piel un regusto amargo, una espesa desazón de la que no lograba deshacerme hasta pasados varios días.

Lo que menos me gusta de las noches en la calle es cuando no me puedo dormir; por el frío, por el hambre, o porque hay mucho jaleo alrededor. Entonces pienso las cosas demasiado, me asusto, todo parece ser más importante de lo que normalmente es y me inquieta pensar que no lograré cerrar los ojos y dejar todo a un lado. Lo que más me gusta de las noches es cuando consigo soñar. Muchas veces me acuesto pensando en lo que quiero vivir cuando esté dormido y me concentro todo lo que puedo para conseguirlo. Pero eso sí que no se puede planear. Nadie es capaz de controlar los sueños. Me da un poco de rabia, pero por otro lado quiero pensar que es bueno.

Hubo una época en la que cada noche soñaba y siempre se repetía el mismo sueño. Un hombre montado en un mulo se aparecía por el barrio y, sin bajarse, me decía *No debes preocuparte, pronto*

*vendrán tiempos mejores*. Yo nunca supe lo que esas palabras querían decir, pero me gustaba cerrar los ojos y repetirlas, y tratar de ver en mi cabeza la cara de aquel tipo, que nunca lograba recordar con tantos detalles como la del animal. Una vez le conté a Esteban mi sueño, pero no me gustó lo que dijo. *Ese tipo está muerto, Mario. Deberías olvidarte*. Primero me dio rabia que hablara de un hombre al que ni siquiera conocía, pues está claro que Esteban no puede conocer lo que yo sueño. Y segundo, me dio más rabia que dijera que estaba muerto. ¿Quién es él para estropear los sueños de otras personas? Creo que es la única vez que Esteban y yo nos hemos enojado. Bueno, en realidad quien se enojó fui yo, pero por motivos evidentes. Varios días estuvimos sin hablarnos, hasta que decidí exigirle a Esteban que por lo menos tuviera el valor de pedirme disculpas. Esteban es terco y orgulloso, incapaz de decir algo que no siente. *Ese hombre está muerto, Mario*, repitió cruelmente, *y mejor será que no te enfades. Son las cosas del destino*. (¡Qué palabra, el destino!).

.....

## 6.

¿Hasta cuándo me recordará Esteban? ¿Cuánto tiempo se recuerda a un muerto? Y un muerto ¿hasta cuándo puede recordar lo que tenía en vida? ¿Será también infinita la memoria de los muertos? Debería serlo, es importante la memoria. Pero... disculpen, no tendría que contarles todo esto. Dirán que no soy más que un pobre diablo empeñado en molestar. Ustedes tienen sus cosas, sus problemas... y yo no dejo de entretenerlos. Mejor los dejo. A fin de cuentas, los muertos no deben hablar.



## MARCELO Y EL PERRO SIN NOMBRE

No hay sino uno problema filosófico realmente serio: el suicidio. Juzgar que la vida vale o no vale la pena de ser vivida equivale a responder a la cuestión fundamental de la filosofía. El resto, si el mundo tiene tres dimensiones, si las categorías del espíritu son nueve o doce, viene después. Se trata de juegos; primero hay que responder.

*El Mito de Sísifo*  
**Albert Camus**

**M**arcelo sube las escaleras del campanario despacio. Camina pensativo, sin prestar atención al perro que le sigue tan sólo unos pasos por detrás. Tiene claro lo que va a ocurrir, es algo irreversible. Ha decidido poner fecha al punto y final de su vida. Es, por esta dramática decisión, un poco más libre que ayer. Lo que hace más desgraciado al ser humano es su nula capacidad para decidir acerca de la vida y de la muerte. Quiero decir, uno nace, y nadie le ha preguntado si ésa es su voluntad, o cuándo cree que debiera suceder tan importante acontecimiento. Simplemente uno nace — más bien podríamos decir que a uno lo nacen, pues se trata de un caso en el que el sujeto carece de cualquier posibilidad de actuar según su voluntad —y nace además con fecha de caducidad. En cuanto

adquiere uso de razón es consciente de que ha llegado al mundo con un billete de vuelta en el bolsillo. Ingresa en este mundo condenado a nacer y al mismo tiempo condenado a morir. Sin embargo, sobre este acontecimiento igualmente trágico, tampoco nadie le informa sobre fechas exactas o le pregunta si conviene en que así tenga que ser. No hay elección. Un día, sin más, a uno lo nacen, y treinta, cincuenta o noventa años después, sin más, a uno lo mueren. Sin finiquito, sin avisos previos. Está, además, condenado a ser consciente de que esto es así, y ahí radica, sin duda, la mayor miseria del ser humano.

Marcelo se ha sentado en la baranda de piedra que corona el campanario. Él vive ajeno a cualquier duda de tipo existencial, no le interesan los planteamientos filosóficos, no se pregunta de dónde viene ni adónde va en el sentido mayúsculo. Lo que ha provocado su decisión final no es un deseo de reivindicar su derecho a decidir, a ser un poco más libre. Lo que le ha empujado a decidir ha sido ese perro sin nombre que también se ha sentado en la baranda y lo mira, se rasca la oreja con un movimiento nervioso de su pata trasera, mira al cielo y lo vuelve a mirar. No hay maldad en sus ojos, pero en tan solo treinta días ha arruinado la existencia de Marcelo. Nadie puede saber si el perro es sabedor en este mismo instante de lo que su dueño está a punto de hacer, y mucho menos, por tanto, de que lo que va a ocurrir es únicamente culpa suya. Nadie lo sabe.

Pero empecemos por el principio, pues lo que quiero contar es cómo un perro puede llevar a un hombre a tomar tan importante decisión. Hace treinta días Marcelo caminaba por la calle. Volvía del trabajo y estaba ya cerca de su casa. (No importa en que trabaja Marcelo, ni cómo es su hogar, ni cómo suele ir vestido, si tiene una gran capacidad adquisitiva o si pasa apuros para llegar a fin de mes. Marcelo es lo que todos, lo más importante y lo más insignificante del mundo, según para qué, para quién o en qué momento). A unos cien pasos de su casa, un perro, este perro sin nombre, observaba el trajín de la calle sentado sobre sus patas traseras en la acera. Marcelo llegó adonde estaba el perro y se detuvo, lo miró, se agachó, lo tocó, sintió

lástima por él, en fin, lo que hubiera hecho cualquiera en su lugar. El perro agradeció las caricias, agitó la cola y comenzó a caminar detrás de Marcelo, que de vez en cuando miraba hacia atrás sorprendido de que el animal le siguiera. Al llegar a casa, Marcelo sacudió instintivamente sus pies en el felpudo de goma y cerró la puerta. Dejó su abrigo en la percha, y el diario que acababa de comprar, en la mesa de la entrada. Le daba mucha rabia no poder hojear el periódico en el trabajo o a la hora del almuerzo, así que había adquirido la costumbre de comprarlo por la tarde, al salir de la oficina, y leerlo tranquilamente mientras la cena se calentaba en el fuego o, algunas veces, antes de acostarse. Con el tiempo, le había cogido cierto gusto a esa manera de digerir la información, como con cierto retraso. No era lo mismo, por ejemplo, escuchar en la tele y en tiempo real las grandes sandeces de los políticos de turno, que leerlas al día siguiente en una hoja de papel, ya filtradas, comentadas y analizadas por los periodistas y columnistas varios; y las terribles desgracias ocurridas en el mundo, así leídas, a toro pasado, resultaban un poco menos trágicas; al fin y al cabo ya formaban, casi, parte del pasado. Pero eran más de las ocho y decidió prepararse la cena. Ya habría luego tiempo para la lectura. Con esmero limpió el pez que teóricamente ya había limpiado la encargada de la pescadería del supermercado. Lo saló. Cortó una rodajita de limón y la colocó en los entresijos del animal, que a pesar de llevar quince horas muerto miraba a Marcelo con ojos de querer dar un salto hasta la pila del fregadero. Lo arrojó con una buena guarnición y lo metió en el horno previamente encendido. Mientras el pez se asaba lentamente, Marcelo se puso las zapatillas de estar en casa y sirvió en un vaso pequeño un poco de vino. Por su mente desfilaban en silencio y con cierto desorden la pescadera del supermercado, el encargado de su sección en la oficina y el hijo de su amigo Ramón, muerto hace solo unos días en un terrible accidente de coche. —Pobre familia —, murmuró Marcelo asomándose a ver cómo estaba su pez dentro del horno.

Después de recoger los cacharros de la cena se dejó caer en el sofá, cogió el mando del televisor y... —¡Coño! ¡El perro!!! —De

repente el chucho vino a su memoria. ¿Estaría en la puerta todavía? ¿Qué habría sido de él? Se puso una zapatilla (la otra debía estar bajo el sofá o escondida en cualquier otro rincón de la casa) y se asomó a la puerta. Allí estaba el can, sentado, tranquilo, moviendo la cola de un lado a otro lentamente. Marcelo se sorprendió. Se había olvidado por completo. Ese perro tan curioso... Le hizo un par de carantoñas y lo empujó hacia dentro de la casa. El perro caminaba olisqueando el suelo a su paso. Marcelo rebuscó entre los restos de la cena y rescató todo aquello que podría gustarle a un chucho hambriento. Se lo puso en el lugar que creyó más oportuno y observó cómo el animal seleccionaba entre las sobras lo que resultaba de su agrado. Marcelo sonreía.

Al cabo de una hora, el hombre roncaba en el sofá, la boca abierta, las gafas desencajadas, la mitad del periódico en el suelo y la otra mitad en su regazo. El animal roncaba también en la alfombra, despreocupado y ahíto. Cualquiera diría que han estado juntos toda la vida.

Pasados diez días, Marcelo comenzaba a estar un poco cansado de aquel perro que lo seguía constantemente a todas partes. Dentro de la casa ya no tenía intimidad. Si Marcelo iba a la cocina, el perro lo seguía a la cocina. Si Marcelo descansaba en el sofá, el perro se tumbaba a sus pies. Si Marcelo orinaba, el tuso lo miraba sentado moviendo la cola de un lado a otro. Si Marcelo intentaba leer, el chucho ladraba reclamando su atención. Sólo cuando el maldito animal caía rendido después de unas cuantas vueltas sobre sí mismo Marcelo podía disfrutar de un ratito de soledad. Se le estaba haciendo muy dura aquella peculiar experiencia de vida en pareja.

Lo peor, sin embargo, venía cuando Marcelo salía de casa y el perro -aún sin nombre- lo seguía a todas partes. En el trabajo estaba empezando a tener problemas. El perro esperaba en la puerta hasta que su involuntario dueño terminaba la jornada. A ratos ladraba, a ratos dormía, olisqueaba a todo aquel que entraba en la oficina y se meaba en las flores de la entrada sin ningún miramiento. El jefe de Marcelo lo llamó a su despacho y le hizo entender que aquella situación era insostenible. —El perro tiene que desaparecer —, le dijo.

A los 15 días tuvo que vacunar al perro y hacerle su cartilla de mascota, pues tuvo varios altercados con otros perros. La gente le increpaba por llevarlo sin correa, por no recoger las heces de la ace-ra, por permitir que se meara en las puertas de las casas de algunos vecinos.

A los veinte días Marcelo estaba a punto de volverse loco. Esto, en realidad, no es algo demasiado extraño. Casi todos estamos constantemente a punto de volvernos locos. Aún sin problemas aparentes, mantener la cordura requiere un constante ejercicio acrobático. El más mínimo balanceo a uno u otro lado del hilo de acero sobre el que nos movemos podría hacer que algo en el cerebro, cualquier chip o lo que sea que hay, se desestabilice y salte por los aires la aparente armonía neuronal que nos gobierna. En realidad es mucho más improbable de lo que parece que todo ahí dentro funcione perfectamente. Sin embargo, la mayoría de la gente, inexplicablemente, parece estar cuerda. Pero no es el momento de buscar una explicación a este indescifrable fenómeno. La cuestión es que Marcelo, a causa de un ejemplar canino de raza desconocida y todos los problemas que se estaban generando a su alrededor, sentía por momentos que se le avecinaba un tremendo cortocircuito mental. Decidió echar al perro de casa cuando él estaba dentro, engañándolo con algún trozo de carne o con restos de comida, y encerrarlo dentro cuando él salía para ir a trabajar o hacer recados. Ninguna de las dos cosas dio resultado. En el caso A, el perro se quedaba a la puerta de casa ladrando y molestando toda la noche al vecindario, con las quejas que esto provocaba a la mañana siguiente. En el caso B, la jornada laboral de Marcelo resultaba más tranquila, pero al volver a casa se encontraba todo en un absoluto desorden: el suelo meado, el periódico destrozado y esparcido por todo el salón, el sofá mordisqueado, la alfombra llena de pelos, la basura revuelta, las puertas arañadas, el ambiente irrespirable...

Marcelo ha pasado la peor noche de su vida. El perro, no se sabe por qué, no ha parado de aullar hasta el alba y ni uno ni otro han dormido un solo minuto. El hombre no tiene fuerzas para ir a trabajar,

ha llamado y le ha explicado al jefe que está enfermo, que no acudirá hoy a la oficina. Ni siquiera él mismo sabía que en realidad no volverá jamás. Ha salido de casa sin desayunar, sin afeitarse, desaliñado y con el chucho dando vueltas alrededor de sus pies. Por algún motivo desconocido ha caminado en dirección a la iglesia y desde abajo ha observado el antiguo campanario de piedra. La cuestión no es en realidad por qué Marcelo ha decidido subir la escalera de caracol que conduce a la cima del campanario, ni por qué va a saltar, ni si debe o no debe hacerlo, ni si el perro sabe lo que va a ocurrir. La cuestión es quién se parará frente al perro y le hará unas cuantas carantoñas cuando los ojos de Marcelo estén cerrados para siempre.

—



## ESTRELLAS FUGACES

El pequeño Antón jugaba en la puerta de su casa. Lo bueno del pueblo es que en verano le dejan estar en la calle hasta bien entrada la noche, jugando con los otros chicos, con la perrita Canela, y a veces incluso solo, con su peonza y sus chapas. Para sus padres, el pueblo no es una jungla llena de peligros como la gran ciudad en la que viven el resto del año, repleta de coches que pasan a toda velocidad, de humo, de gente desconocida, de sucesos extraños que llenan las calles de amenazas ocultas.

Y el pequeño Antón se alegra, aunque no acaba de comprenderlo, pues donde él encuentra la verdadera aventura, la emoción de lo desconocido, es sin duda en este lugar apartado de la civilización, en el que la noche cae con todo el peso de su manto negro, perforado por miles de misterios resplandecientes que en la ciudad no pueden ni siquiera intuirse. Antón mira hacia arriba y no puede comprender que ese cielo tan lejano, tan profundo, sea menos peligroso que las farolas anaranjadas y cercanas de su barrio, donde las polillas revolotean encandiladas por la luz. Así que no pregunta; se alegra de que, por una vez, lo que más le gusta no esté prohibido y procura cumplir las pocas normas que sus progenitores le imponen durante estos meses. A cambio puede disfrutar de las noches enigmáticas, de las excursiones al río por el día (auténticos safaris en busca de ranas, lagartijas y cualquier otra fiera que sucumba ante su destreza de explorador aventurero), de la comida riquísima de su abuela, del

viejo desván repleto de cacharros y extraños objetos antiguos, del corral con las gallinas y los simpáticos conejos de ojos rojos y, en fin, de todo lo que no le brindan los muros sucios de su barrio y el pequeño apartamento donde vive con sus padres durante los meses que dura el colegio.

El niño ya había cenado y jugaba, como he dicho, en la puerta de su casa. Era una noche limpia de agosto. Con una botella vacía colocada a modo de catalejo, se esforzaba sin éxito por lograr una visión ampliada de la Luna, ese rostro tan misterioso suspendido en medio de la noche. Hace poco había oído en el colegio que, si pudiéramos conducir un automóvil a unos ochenta kilómetros por hora en dirección a la Luna, tardaríamos unos 200 días en llegar hasta ella, y Antón, a quien le fascinaba esta idea, se preguntaba si también el viejo Citröen de su padre, del que tanto renegaba su madre cuando viajaban al pueblo, podría llegar en ese tiempo o necesitaría unos cuantos días más que cualquier otro coche del mundo.

Había descartado ya el proyecto de su catalejo casero y observaba las estrellas con la cara apoyada en sus rodillas cuando una estrella fugaz atravesó el cielo delante de sus ojos, rompiendo con su resplandor la oscuridad celeste hasta fundirse y desaparecer justo encima del tejado de la iglesia.

Antón se puso algo nervioso. Era la primera vez que veía una estrella fugaz, pero inmediatamente supo que no podía tratarse de otra cosa. Había escuchado a la gente hablar de las estrellas fugaces y recordaba con toda claridad que lo que hay que hacer cuando una de ellas pasa ante tus ojos es pedir un deseo. Pero Antón no estaba preparado, aquello le había cogido por sorpresa. ¿Qué deseo debía pedir? ¿Cómo elegir entre todas las posibles cosas buenas una sola, la mejor? Necesitaría horas para pensar el deseo que debía pedir, así que, en medio de la confusión, trató de pensar unos segundos y al fin lo tuvo claro:

— Te pido que me des tiempo para pensar lo que debo pedir y que pueda volver a verte dentro de un rato; entonces te contaré mi deseo.

Fue una maniobra ágil para un niño de sólo once años. Antón había salvado la situación. No podía arriesgarse a que el tiempo se le terminara sin haberse decidido y perder aquella oportunidad para siempre. Ahora tendría tiempo para pensar. Pero debía darse prisa; era tarde y su madre no tardaría en llamarle para irse a la cama. No debía perder el tiempo: lo primero era decidir si el beneficiario de su deseo habría de ser él mismo (conseguir de una vez por todas su deseada bicicleta con marchas era, por ejemplo, una opción muy atractiva), o si por el contrario debía pedir algo para los demás. En este segundo caso, habría que determinar si era más lógico pedir algo bueno para sus padres o si lo más apropiado era en cambio desear lo mejor para aquellos que más lo necesitan. Y si la elección final era ésta, ¿quiénes se merecían más su deseo entre todos los que se le pasaban ahora por la cabeza: los pobres que mendigaban en los bancos de su barrio, los niños que salían en la tele con la tripa hinchada por el hambre, el pobre abuelo, que se quejaba siempre de su vejez y su dolor de huesos...?

Antón se dio cuenta de que seguía metido en un lío y que aquel dilema no tenía una solución rápida. Escuchó a su madre que le llamaba desde el interior de la casa.

— Antooooón, ve pensando en recoger, que son casi las doce y tu padre ya está en la cama.

— Voy; ya voy, mamá — respondió el niño—. Un minuto, que no sé dónde se ha metido la perra. ¡Caneelaaa, Caneelaaaaaa...!

La perra, tumbada en el medio de la calle, le miraba extrañada moviendo la cola.

Por un segundo, Antón dudó si realmente quería que la estrella fugaz apareciera de nuevo en el cielo. Tal vez si no volvía a verla podría irse a la cama y olvidar aquel complicado dilema, pero no tuvo tiempo de responderse: un resplandor de fuego cruzó el cielo de este a oeste, pasando por delante de la Osa Mayor y desintegrándose después ante sus ojos de asombro. El niño, absorto, le murmuró a la estrella que volviera a pasar a la noche siguiente. Se sentía incapaz de tomar una decisión y encontró en el mismo truco que ya había

utilizado unos minutos antes la solución a su problema. Al menos ahora disponía de todo un día para formular su deseo.

—¿Con quién hablas, hijo? Vamos a la cama —dijo su madre en el portal mientras trataba de ordenar con la mano el cabello revuelto del pequeño.

El niño callaba.

.....

A la mañana siguiente Antón se levantó más temprano que de costumbre. Tenía la sensación de que, más que nunca, debía aprovechar el tiempo. Ese día no fue al río, ni jugó con los otros niños del pueblo, ni siquiera le prestó atención a la perrita Canela, que le seguía en silencio tan fiel como una sombra.

El pequeño había llegado a la conclusión de que estaba ante una oportunidad única y no tenía ninguna intención de dejarla pasar. Le había dado vueltas toda la noche al asunto de las estrellas fugaces y los deseos, y al menos una cosa ya estaba clara en su mente de niño: pediría algo verdaderamente importante, algo que le fuera útil para el resto de su vida, en lugar de una cosa simple, como la bici, que de un modo u otro iba a llegar tarde o temprano.

Decidió que dedicaría todo el día a observar a los mayores tratando de adivinar qué era lo más importante para ellos en la vida. Y así, se pasó todo el día escuchando con atención las conversaciones de sus padres, de la gente que pasaba por la calle, de los adultos que salían por televisión. Acompañó a su madre a hacer las compras, a su padre a hacer la ronda de vinos por los bares, y en todos los lugares asistía a enrevesados diálogos sobre trabajo, sobre dinero, sobre problemas que ni siquiera llegaba a comprender del todo.

Escuchó discusiones, chascarrillos, conversaciones subidas de tono. Desde su estatura de preadolescente, contemplaba sin perder un detalle aquel mundo tan lejano hasta ahora, un mundo que no lograba entender muy bien y del cual todavía no formaba parte. Así lo sentía, pues para todos aquellos adultos, el pequeño parecía no

existir. Casi nadie se dirigía a él en medio de aquellas conversaciones tan profundas y si lo hacían era para cambiar de tema y preguntarle por el colegio, por sus amiguitos de la ciudad o por el nombre de aquella perrita marrón que le acompañaba a todas partes. Antón se sentía transparente en aquel mundo de adultos. Solamente Nicolás, el panadero, le preguntó si ya sabía qué quería ser de mayor, y esto gustó al pequeño, pues, aunque no se le estuviera considerando propiamente un adulto, al menos aquel hombre daba por hecho que algún día, dentro de un tiempo, llegaría a serlo.

—Todavía lo estoy pensando —respondió Antón decidido. Y todas las personas que había en la panadería, incluida su madre, dejaron escapar una sonrisa.

Fue un día intenso para el pequeño. Había absorbido toda aquella información y ya en casa, mientras cenaba, escuchaba atento la conversación de sus padres sin perder de vista la ventana de la cocina, a través de la cual podía contemplarse un precioso cielo teñido de color naranja. Estaba impaciente por ver caer la noche definitivamente sobre el pueblo, con todos sus misterios, con todo su silencio, con todas sus estrellas, y le daba vueltas en su cabeza a los grandes conceptos que había tratado de asimilar durante el día: el trabajo, el amor, el dinero, las mujeres, la salud... Su mente de niño funcionaba como una centrifugadora intentando encontrar entre aquellas cosas la que pudiera resultar más importante, la que fuera de verdad imprescindible. La perrita le miraba tendida en el suelo, pendiente de algún resto de la cena que pudiera ir a parar al piso de la cocina.

Después del postre, Antón salió a la calle y se sentó en el quicio de la puerta. Ya no era exactamente el mismo niño de la noche anterior. La perra salió con él y se tumbó en medio de la calle, disfrutando del contacto de su tripa con el cemento que, después de un día caluroso, se volvía poco a poco más fresco. Juntos esperaron en silencio, atentos al cielo estrellado, mientras del interior de las casas escapaba por las ventanas abiertas el entrevero de voces adultas, sintonías radiofónicas y ruido de cacharros de las cocinas.

Durante más de una hora, el niño y la perra, que parecía también ser consciente de la importancia de mantener la atención puesta en aquel cielo de verano, permanecieron en silencio aguardando la aparición de la estrella fugaz. Hasta que por fin, milagrosamente, una detrás de otra rasgaron la noche en todas las direcciones más de una treintena de estrellas fugaces en un espectáculo asombroso que el pequeño no podía ni haber imaginado; una verdadera lluvia de estrellas durante la cual, Antón repetía una y otra vez para sus adentros:

—Quiero seguir siendo siempre un niño. Quiero seguir siendo siempre un niño. Quiero seguir siendo siempre un niño...

—

## LOS SUEÑOS

Cuando era pequeño todo el mundo le creía. Su mundo, quiero decir. Sus compañeros de clase, sus amigos del barrio, sus primos... Los adultos en cambio no. Los adultos nunca hacían caso cuando Manuel narraba su excepcional don y las alegrías que éste le reportaba. Es una prueba como otra cualquiera de que en la niñez todo resulta más sencillo: miramos el mundo con los ojos limpios y el alma virgen, y de ese modo es muy fácil creer una historia como la que solía contar Manuel a sus fascinados compañeros de pupitre. Una vez pasados estos primeros años, todo el mundo dejó de creerle, por más que Manuel jurara y perjurara que aquello era cierto.

En la adolescencia, una vez asumida la idea de que nunca podría compartir con nadie su capacidad (por otro lado indemostrable) para controlar sus propios sueños, Manuel se conformó simplemente con disfrutarla y sacarle el máximo partido. Le bastaba con pararse unos minutos, antes de quedarse dormido, a pensar qué le gustaría que ocurriera en sus sueños, para que todo se cumpliera en ellos y así disfrutar todas las noches de aquellas cosas que le hubiera gustado que sucedieran en la vida real. Lo cierto es que era algo maravilloso que había hecho desde siempre. Al menos, en sus primeros recuerdos ya se contemplaba a sí mismo con ese poder tan inalcanzable para el resto de los humanos. ¿Por qué él? ¿Quién le había dotado de un poder que parecía sacado directamente de un cómic? ¿Habría alguien más en el mundo que pudiera provocar sus sueños a su an-

tojo tal y como él hacía? Le hubiera gustado encontrar la respuesta a algunas cuestiones como éstas.

Desde el momento en que descubrió su extraña capacidad, no pasó ni un día de su vida sin que hiciera uso de ella. Cada noche, como un ritual, después de otros actos autómatas como prepararse una infusión, tomarla a pequeños sorbos y ponerse el pijama, Manuel elegía los caminos por los que le apetecía que transcurrieran sus sueños. Esto le había permitido tener una segunda vida, paralela a la real, llena de emociones y aventuras. Cada noche había algo diferente que le apetecía experimentar: un sabor, un estado emocional, una alegría... Cualquier cosa que pudiera desear podía cumplirse con tan solo imaginarla. Desde ese momento él era el único ser verdadero, el que todo lo puede, el creador. Algunas noches sentía que era Dios y otras, en cambio, mientras se lavaba los dientes escudriñando entre sus deseos, veía en el espejo al mismísimo Diablo. Ni una sola noche había dejado que sus sueños cabalgaran a lomos del azar.

En general se decantaba por sueños relacionados con alguna mujer, si bien es cierto que en muchas ocasiones la temática de sus apetencias se diversificaba notablemente y sus ramificaciones alcanzaban los lugares más recónditos. Así, si un jueves se había pasado la noche soñando con una cena romántica en casa de su compañera de oficina, el sábado se despertaba justo en el momento en el que un diminuto cortacésped atravesaba su pecho desnudo, dejando en su camino hacia el Monte de Venus un sendero pelón, una ruta recién abierta hacia las Indias de su sexo erecto. Algunos de estos sueños resultaban completamente surrealistas, otros inocentes, infantiles, a veces emocionantes, en fin, una gran variedad de circunstancias y hechos, pero todos y cada uno de ellos elegido minuciosamente por Manuel, que al cabo de los años había desarrollado una gran capacidad inventiva para tejer el contenido de su propio universo onírico.

Si en alguna ocasión, entre amigos o compañeros de trabajo, salía a colación el tema de los sueños, Manuel callaba. Tras ese silencio se defendía de la tentación de hablar y contarle a los otros



acerca de aquel don prodigioso. A veces con gran sacrificio, pero siempre callaba.

A pesar de estar condenada al secreto, -no por voluntad propia, sino más bien por voluntad de los otros-, aquella capacidad era, como ya he dicho, una fuente de alegrías. Durante años enriqueció su vida, le aportó experiencias y conocimiento, una huella profunda dejada por centenares de vivencias, de emociones, que le convirtieron, con el pasar del tiempo, en una persona luminosa, de mente rápida y lengua certera, un espíritu libre, entrañable con la gente, bondadoso y algo despistado. Así le conocí yo, ya con el pelo cano, pero lleno de vida por dentro y por fuera, una vida destilada, añeja, supurada entre las sábanas durante largas horas de fantasías nocturnas. Con él llegó la luz a este cementerio para vivos donde antes solamente había tinieblas. La vida aquí era un infierno para mí: todo el mundo está loco. Loco de atar. Yo no me hablo con nadie desde hace más de diez años. Al poco de llegar me di cuenta de que no hay nadie con quien valga la pena hablar, son todos un rebaño de tarados, bailando al son de lo que digan esos sacamuelas que tan blancos se pasean por la galería principal. Los tienen dominados a base de pastillas que les dejan atontados. Yo nunca las tomo, las tiro por el retrete, nadie lo sabe, pero hace años que no tomo una de esas pastillas. Nunca alboroto, soy obediente, no quiero tener problemas, pero dentro de mí permanezco indoblegable, a mi no van a engañarme como a todos esos... Yo no estoy loca. Soy la única aquí que no está loca. Bueno, aparte de Manuel. Él tampoco estaba loco. Con él sí que hablaba. Nos contábamos todo, hasta los más íntimos secretos. Él me enseñó a no venirme abajo, a ser fuerte. Manuel era un amigo excepcional. Pero siempre se van los mejores..., y ahora este edificio vuelve a ser un lugar dominado por las sombras.

Recuerdo perfectamente el momento en que le conocí. Yo había pasado por uno de mis baches, llevaba varios días en la cama, enferma, pero ya estaba empezando a mejorar. La doctora lo llama "crisis agudas", porque a todo le tienen que poner una etiqueta y un nombre. Me ocurre de vez en cuando, aunque esta última ha sido

sin duda la peor. La cuestión es que yo ya estaba casi repuesta, la doctora había estado haciéndome unas pruebas y también bastantes preguntas. Todo lo anotan en sus cuadernos. Pero a veces tengo la sensación de que solamente hacen como que escriben, sin manchar el papel. Ellos también están locos. Ya les he dicho que soy la única en este centro que conserva intacto el juicio. Al salir la doctora me quedé un rato dormida y cuando desperté le vi de pie en el centro de la habitación. Me preguntó cómo me encontraba y le dije que ya estaba mejor. Me dijo su nombre, Manuel Galvano, para servirle, y apoyó su mano en mi brazo castigado por las agujas. Desde entonces empecé a hablar con él, algo que no hacía con nadie más en el centro, salvo la doctora, claro. Él me contó toda su vida, su infancia, sus recuerdos, me contaba cómo eran los lugares en que había vivido durante su juventud y los años posteriores, los más felices. Me habló de sus hijos, de su difunta esposa y hasta de su perro, que a fin de cuentas era a quien más echaba de menos. Yo a cambio le confíé todos mis temores, todas mis esperanzas, todos mis pensamientos, de manera que éramos mucho más que amigos, no había ningún secreto entre nosotros. Eso nos daba mucha fuerza. Él me apoyaba siempre. Y nos complementábamos, de manera que cuando uno estaba más bajo de moral, el otro asumía la responsabilidad de levantar los ánimos, y viceversa. Desde que le conocí, de hecho, no había vuelto a tener una de esas “crisis agudas” —que parecen ser por otro lado las más graves, pienso ahora. Ni siquiera entiendo esos nombres que les ponen a las cosas—. Y sin embargo en estos momentos vuelvo a sentirme infinitamente sola, desamparada. Todo ha sido como un espejismo.

Recuerdo también cuando empezó a hablarme de aquella “capacidad altamente excepcional”, como él decía, para provocar conscientemente sus sueños. Al principio, como es lógico, no le creí. Pero pronto se convirtió en una persona tan transparente que se me volvió imposible pensar que pudiera mentir con una historia así. Además de que, tengo que decirlo, en numerosas ocasiones me demostró que aquello era verídico, pues si una noche, por ejemplo, me

confesaba que tenía intención de soñar con viajar a Paris y mirar el mundo desde lo alto de la Torre Eyffel, al día siguiente me describía con todo lujo de detalles el periplo, desde cómo había pedido un café sin saber francés en un bar cercano al hotel, hasta el cosquilleo de su cuerpo mientras subía en el ascensor de la inmensa torre de hierro. Siempre con una minuciosidad que hacía imposible pensar que hubiera soñado con otra cosa que no fuera aquel viaje. Sus historias me dejaban boquiabierta y hacían que el tiempo pasara con otro pulso y el aire fuera mucho más limpio que antes de que él llegara.

Pero nadie más le creía. Algunos ni siquiera tienen los sesos suficientes para entenderle cuando les habla. Sólo me tiene a mí. Así que somos uña y carne. Mejor dicho, éramos. Porque Manuel... Hace tres días que no hablamos. Está enfermo, o muerto... no lo sé. A veces pienso que está dormido, soñando, pero otras veces le veo tan... muerto. Está en mi cuarto, en la cama. Pero yo no me atrevo a decir nada a la doctora. En el fondo, conservo una pequeña esperanza de que solamente esté dormido, y despierte en cualquier momento y me cuente todo lo que está soñando ahora. Y si digo algo, qué sé yo..., puede pasar lo peor. Pero sigo pensando que no debí hacer lo que hizo. Con cosas así no se juega. Él llevaba unos días con el ánimo muy decaído, eso sí... No encontraba esa vitalidad optimista que siempre giraba a su alrededor. Y empezó a volverse muy negativo. Hablaba poco y cuando hablaba, siempre estaba dándole vueltas a la enfermedad, y a la soledad, y a la muerte, y otras cosas así. No sé, se apagó.

Y estando así las cosas, el otro día -era jueves; lo recuerdo porque por la mañana había tenido yo cita con la doctora-, me hizo saber que iba a dormirse esa noche con la intención de soñar con su propia muerte. Quería verla, sentirla de cerca. Quería perderle el miedo, mirarle a la cara, aunque fuera en sus sueños. Yo creo que él estaba viendo ya cerca el momento de su propia muerte, se encontraba mal, y aquello no era más que un sutil ensayo general que solamente él, entre todos los seres de este planeta, podía aspirar a conseguir. Pero yo esto no se lo dije, claro. Le dije, eso sí, que con estas cosas no hay

que andar jugando, y que me gustaba mucho más cuándo me prometía que iba a viajar a La Habana para contarme al día siguiente cómo suena la rumba en el mismísimo Malecón, con el Océano zarandeando la Historia contra las rocas y levantando espuma de conquistadores, de madre patria –aunque madre no haya más que una-, de balseros que emprenden viaje a bordo de un neumático, de sudor y de salitre. Nos acostamos y me abrazó como siempre; por un segundo pensé que nada malo podría pasarnos si estábamos así, juntos. Pero Manuel no despertó esa mañana. Ni por la noche, ni a la mañana siguiente. A veces, ya lo he dicho, pienso que está muerto. Se le habrá cumplido el sueño, tal vez por una vez se le haya cumplido uno de sus sueños en la vida real. Se habrá quedado para siempre a medio camino entre el sueño y la muerte, en tierra de nadie ni de nada. Luego intento pensar que va a despertar de un momento a otro y nos daremos un abrazo infinito. Tan pronto me dan ganas de llorar como me pongo a reír a su lado como una loca, recordándole cosas que hemos vivido juntos.

Allí donde esté le encontraré algún día, y espero que me recuerde, y que haya guardado en su memoria todo lo que le está ocurriendo, para contármelo con detalles, como hacía con sus sueños. Pero para ese día aún queda, y la vida sigue aquí oliendo a tumba vieja, a casa cerrada, a humedad en los rincones más oscuros del alma. Y cada día es un suplicio sin él, un ir y venir de recuerdos que me deja cansada física y mentalmente. Me arrastro por las galerías de este maldito edificio y regreso al cabo de unas horas a mi cuarto, con fe en encontrármelo sentado en el escritorio, leyendo, o cambiándose de ropa sentado en la cama. Pero nunca hasta el momento se han cumplido mis esperanzas. Ayer me acosté con la intención de soñar que Manuel despertaba, pensé que tal vez su “capacidad altamente excepcional” para provocar los sueños podría haberse quedado conmigo en este cuarto y me ayude ahora a hacer que Manuel regrese, aunque solamente fuera en sueños, del maldito limbo en el que se ha quedado encerrado. Pero tampoco ha habido suerte.

La doctora no me ayuda en absoluto. Se toma mi dolor como si fuera algo que yo misma he buscado. Pensará que es fácil estar

así... Incluso me dice que Manuel ni siquiera existe, que me lo he inventado yo, que acabo de atravesar otra 'crisis aguda', pero que estoy mejorando mucho. A veces me duele lo que me dice. Hoy..., hoy he empezado a tomar esas malditas pastillas, puede que me hagan algún bien. La vida aquí dentro no es más que una sombra. Sólo espero que Manuel despierte pronto.

— |



## CONJUGAR LA VIDA

—¡Pero cómo que condicional del modo indicativo, Mario! Es un pretérito pluscuamperfecto. No has dado ni una. Más te valdría estudiar un poco. ¿Qué quieres, acabar como tu padre, en la cárcel? Anda, borra la pizarra y vuelve a tu sitio.

Mario caminó hasta su pupitre con la mirada perdida en la greca hipnótica de los baldosines. Se sentó en su silla. Mi padre estará en la cárcel, —pensó—, pero no es un asesino. Después lo escribió con letra infantil en el cuaderno de cuadros. ‘Mi padre’, sujeto —pensó— ‘estará en la cárcel...’, predicado; ‘estará’ parece futuro..., aunque no cabe duda de que es presente. Suspiró abatido. La gramática se le antojaba tan complicada como la vida misma.

—





## LA SANGRE DE LOS INOCENTES

**T**odavía algunas veces huele a sangre, aunque han pasado treinta años. Ahora es un museo, hijo, pero en las paredes, debajo de la pintura, está la sangre de los inocentes, y ese olor no se quita así como así. Guarda este olor en tu recuerdo, porque su memoria nos llevará un día hasta los culpables. Lo llevan en sus manos. Apestan a sangre inocente aunque vayan perfumados y escuchen a Mozart, y saben que algún día llamaremos a sus puertas para preguntar por todos aquellos a los que se llevaron.

—



## LA RUTINA

La lluvia reaparece con un crescendo como de Big Band. Al rato, el cosmos completo se estampa licuado contra mi ventana. La gata se retuerce sobre sí misma en busca de una posición más cómoda en la que continuar su profundo descanso y me mira, quizás imaginando una existencia más humana y menos felina. Pienso en la rutina. Me viene a la cabeza la historia de un hombre que conocí, cuya vida era sota, caballo y rey, quiero decir, siempre lo mismo, dentro de la más absoluta rutina, sin lugar para cualquier pequeña improvisación o alteración en el orden cotidiano de sus cosas. Sin embargo, y a pesar de ser una persona bastante cuadrículada, el tipo era consciente de lo nefasto que puede resultar en la vida una repetición tan meticulosa de los días, y por ello decidió reservar una tarde a la semana para, según él mismo explicaba, romper con la monotonía haciendo algo diferente a lo que hacía el resto de los días. Desde entonces, los martes por la tarde salía impecable a caminar por el parque. Compraba el diario y lo leía sentado en un banco; luego miraba a las chicas pasar, echaba un poco de pan a las palomas y ponía rumbo de vuelta a su casa parando en los escaparates hasta llegar al bar de su calle, donde se tomaba un vino o una caña antes de subir a casa con la agradable sensación de haberle ganado una mano a la rutina. Así durante años y años. Cada martes el mismo diario, que hojeaba en riguroso orden -desde atrás hacia delante- sentado a la misma hora en el mismo banco del mismo parque. Cada martes las mismas chicas, las mismas palomas, los mismos escaparates, el

mismo bar; a veces vino y otras veces caña, pero siempre, al subir las escaleras, esa agradable y estúpida sensación de haberle ganado una mano a la rutina.

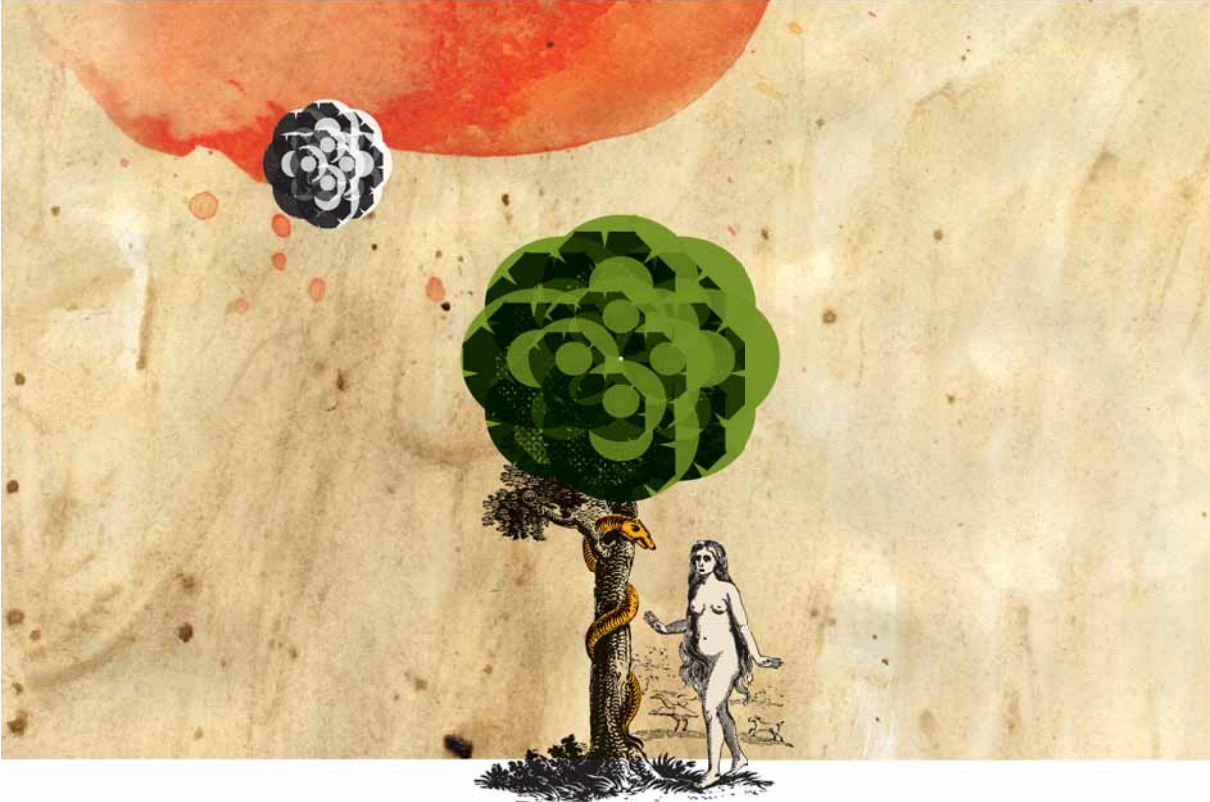
Apuro mi vaso y decido que es hora de marcharse a dormir, pero antes de partir hacia la cama observo a la gata y le paso la mano por el lomo, quizás imaginando una existencia más felina y menos humana. “Mañana será otro día”, me dice. Le respondo con un leve ronroneo.

— |









**A**lguien dijo una vez que si la soledad fuera inflamable, una sola chispa bastaría para acabar con el mundo. Este libro recoge varios relatos de ficción: 13 historias independientes hilvanadas únicamente por las distintas soledades de sus personajes.

Por las páginas de “Eva, el mundo y yo” deambulan niños que no quieren dejar de ser niños, enfermos de soledad, fantasmas, poetas chiflados, seres transparentes, suicidas, un perro sin nombre... y por supuesto, los pies cansados pero siempre hermosos de Eva, motor del mundo, que hasta hoy mismo caminaban en un éxodo sin fin, permitiendo que al día le sucediera la noche y a cada noche le siguiera un nuevo día.

